

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1863. — TOMO XXII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

AÑO 22. — N° 555.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

Expedicion á Méjico; grabado. — La lisonja. — Los descubrimientos. — El corazon. — Juicio crítico. — Entrada de la division Bazaine en Méjico; grabado. — La calle de los Plateros en Méjico; grabado. — Revista de Paris. — El dia y la noche. — En un album. — Entrada de los franceses en Méjico; grabado. — Los ladrones en Inglaterra. — Sucesos de América; grabados. — Exposicion de bellas artes en 1863; grabados. — Los últimos cuentos de Edgardo Poe. — Problemas de ajedrez; grabado. — Carreras de caballos en Nancy; grabado.

La lisonja.

¿Saben Vds. lo que es un poco de jabon extendido disimuladamente sobre la superficie de una baldosa?

Pues viene á ser un pretexto que nuestros piés aprovechan para irse siempre que se les pone delante.

Una especie de argumento repentino cuya luz nos hiera como un relámpago, y en cuya virtud nos convencemos prácticamente de que para medir la tierra no es necesario saber geometría.

El hombre mas vigoroso y mas ágil no tiene defensa contra esa pequeña cantidad de jabon que suavemente

se interpone entre el pavimento que pisa y las suelas de sus zapatos.

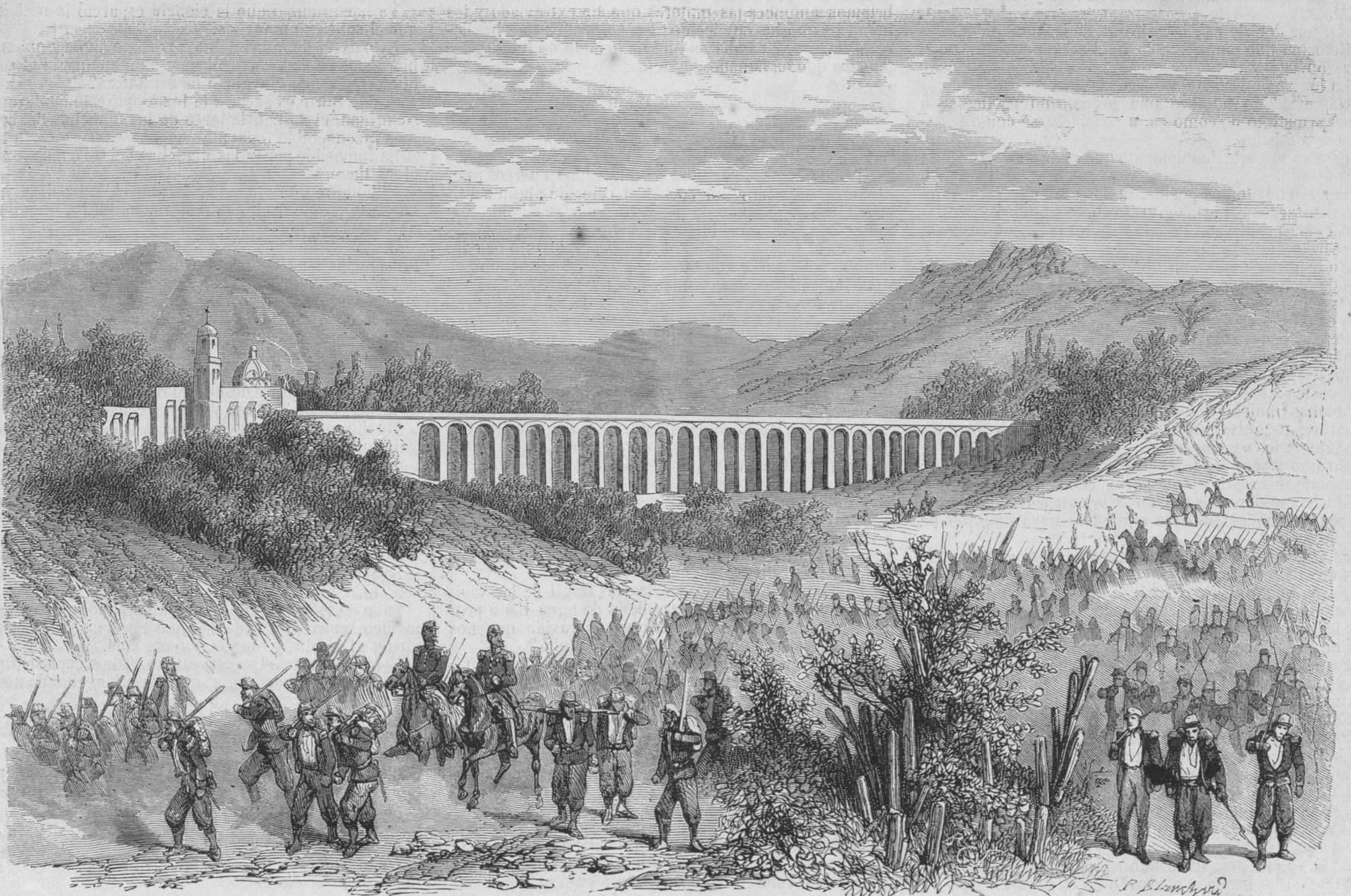
Una vez puesta la planta sobre la suavidad de esa sustancia, no hay mas remedio que caer; porque es cosa definitivamente averiguada que siempre que los piés se van, el hombre se queda... tendido.

La lisonja es un poco de jabon.

Jabon suave y perfumado que se diluye en una cantidad convenida de palabras corrientes, que se deslizan á nuestro alrededor como las ondas del aire que respiramos, como los reflejos de la luz que nos alumbramos.

El ruido de la lisonja es á nuestros oidos lo que el brillo del oro á los ojos del avaro.

Y asi como el oro es el espejo donde se mira la codi-



EXPEDICION A MEJICO. — Marcha á la ciudad de Méjico. — El ejército francés al frente del acueducto de Comoscolate.

cia, así la lisonja es la tersa superficie donde se refleja la hinchada imagen de la vanidad.

Todos los venenos no son amargos, y hay algunos que son demasiado dulces.

La lisonja y la injuria se parecen como la víbora y el escorpión: ambos son venenosos.

La diferencia que hay entre uno y otro consiste en que la víbora muerde y el escorpión lame.

No hay puerta que se nos cierre si llamamos á ella con la voz de la lisonja.

Todos los vicios deben su poder á la adulación.

El juego presenta siempre á los ojos del que quiere seducir la continua perspectiva de la ganancia.

Hace sonar continuamente á nuestros oídos el ruido de una fortuna que puede ser nuestra.

La lisonja es la gota de agua que taladra la piedra.

Es también ese vacío que abren á nuestros ojos todos los abismos.

Los hombres más soberbios se doblan con la mayor facilidad para recoger la lisonja que se deja caer á sus pies.

Si los pretendientes en vez de llenar el papel de sus solicitudes con los méritos que han contraído y los servicios que han prestado, lo llenaran con los méritos y con los servicios del ministro á quien suplican, serían más atendidos.

No hay manera de resistirse uno á sí mismo. ¿Con qué se puede pagar al hombre que nos descubre cualidades que teníamos ignoradas?

Seamos justos.

A Newton se le hizo grande porque descubrió la gravitación universal.

Colón es un genio porque andando por el mundo tropezó con América.

Dante es inmortal, porque paseando su ardiente pensamiento por los vastos dominios de su inmensa inteligencia, vió con perfecta claridad su *Divina Comedia*.

¿Y qué hay de particular en todo esto?

Newton encontró lo que estaba en la naturaleza desde el principio de los siglos.

Colón tropezó con lo que estaba sobre la tierra desde el principio del mundo.

Dante no hizo más que ver lo que tenía dentro de sí mismo.

¿Pero qué mérito tiene encontrar lo que hay?

La más pequeña lisonja tiene más mérito que cualquiera de esos tres grandes descubrimientos.

La verdadera maravilla está en descubrir lo que no existe.

En encontrar el talento en la necesidad.

La virtud en los vicios.

La grandeza en la miseria.

La fuerza en la debilidad.

La sabiduría en la ignorancia.

La razón en el número.

La lisonja tiene la lengua de azúcar y la palabra de miel.

Es, por decirlo así, la golosina de la humanidad.

Golosina que empuerca la inteligencia y estraga el corazón.

La lógica de la lisonja es irresistible.

Hay en todo hombre una propensión particular á creerse distinto de como es, á considerarse como superior á sí mismo.

Esta es la parte de adulación que cada uno se tributa á sí propio.

Por eso hay tantos poetas, tantos oradores, tantos ministros, tantos sabios, tantos grandes hombres.

En esta propensión íntima y secreta de cada uno está el secreto de la lisonja.

No le haremos creer a un hombre corrompido en la virtud de las mujeres.

Os será imposible convencer á un avaro de que el oro es un metal despreciable.

Pero si ese hombre corrompido, ó ese avaro tiene sesenta años, podéis convencerle de que todavía es jóven.

La lisonja es esa bella mentira, que siempre estamos dispuestos á creer.

Muchas mujeres hermosas prefieren un espejo á un amante; pero las mujeres feas prefieren siempre los amantes á los espejos.

En uno y otro caso, los espejos y los amantes dicen lo mismo, esto es: «¡Qué hermosa eres!»

Muchas mujeres se cansan de ser queridas, ¿pero tiene alguien noticia de que alguna se haya cansado de ser hermosa?

El amor es un infeliz, que carga siempre con las culpas de la lisonja.

Yo os doy á elegir entre esa numerosa colección de madres que circulan por las calles, que aparecen por los teatros y somborean, si puede decirse así, la brillantez de los salones.

Para mujer, para amante, para amiga, elegiríais á cualquiera; pero estoy seguro de que para madre elegiríais á la mejor.

Esta madre es preciso que tenga una hija.

Pensad bien que es una madre digna de serlo.

Una madre que quisiera hacer de su hija el tabernáculo de todas las virtudes.

La rodea de la tierna solicitud de su vigilante cuidado, como el árbol envuelve en sus hojas más finas la delicada flor en cuyo seno ha de cuajar el fruto.

Se puede decir que la madre es el fanal de la hija.

Se la ve al través de la atmósfera suave que al rededor de ella ha formado el cariño de su madre, como se ve un rayo de sol sumergido en el agua.

Esta niña lleva consigo la más feliz de las desgracias: es rica.

La fortuna, esa loca que pasa su vida llenando unos bolsillos y vaciando otros, le ha arrojado al pasar junto á ella la lisonja irresistible del oro.

Es difícil que una mujer rica no parezca hermosa, porque el oro es el cosmético que más embellece.

El número de los hombres que dan vueltas al rededor de esta criatura puede expresarse así:

Uno que la ama y ciento que la adulan.

Uno que solo ha reparado en la belleza de su alma, en la pureza de su corazón, y ciento que no han visto en ella más que lo agradable de su hermosura y lo pingüe de sus rentas.

Todos han tenido ocasión de decirle que es hermosa.

Que sus adornos son los de más gusto.

Que sus vestidos son los más bellos.

Todos han podido echar su gota de veneno en aquel corazón inocente.

La envenenan en presencia de su misma madre.

Es más, su madre misma prefiere entre todos aquel que encuentra el pliegue más airoso de su vestido, el color del adorno que da más limpieza á su semblante, el rizo que con más gracia cae sobre su frente.

El momento más feliz de esta madre tan buena, es aquel en que más vivo es el cáustico de la lisonja que ha de levantar en el alma de su hija la inflamación de la vanidad.

En cambio el amante no ha encontrado todavía un soplo de aire bastante discreto que lleve en silencio á los oídos de la hermosa niña una palabra tímida y honesta, en muestra de verdadero cariño.

El que se atreva á amarla tendrá que sufrir el enojo de la madre.

El amor es un peligro, un lazo tendido á su inocencia.

El amor delicado y legítimo puede conducirla á ser una buena esposa y una buena madre.

Pero sin duda hemos creído que el amor propio, porque es más reservado, es más pudoroso.

Si ha de querer á alguien esa pobre criatura, lo mejor es que se quiera á sí misma.

La lisonja es, por consiguiente, una cosa permitida, delicada, fina, hasta honesta.

Así se ven siempre las cosas en el mundo.

La adulación, esa mentira descarada que nadie cree más que la persona á quien va dirigida, es la felicidad de la madre y la perdición de la hija.

Así se forma esa multitud de mujeres que colocadas entre un amante y un espejo, miran más al espejo que al amante.

Todas esas que prefieren al cariño de uno la fugitiva admiración de muchos.

La adulación acaba con el pudor de las mujeres, con la fuerza de los hombres y con las virtudes de los pueblos.

Adular es perder.

Si la lisonja pudiera alguna vez decir la verdad, sabríamos entonces las mujeres que ha extraviado y los hombres que ha envilecido; los corazones que ha llenado de aire, las cabezas que ha llenado de humo y los pueblos que ha llenado de vicios.

Los descubrimientos.

El calor tiene la facultad de dilatar los cuerpos; por eso todo corazón animado por el calor de algún sentimiento ó por el fuego de alguna pasión se siente oprimido; es decir, no cabe en el pecho.

Necesita más espacio y pugna naturalmente con las paredes del calabozo en que se encuentra encerrado.

De aquí nacen las lágrimas y los suspiros.

Lo mismo sucede con un puchero de agua puesto al fuego.

El agua silenciosa va sintiendo poco á poco las insinuaciones del calor: primero gime, después salta sobre sí misma, luego sube hirviendo hasta los bordes de la vasija, y por último se derrama por toda la circunferencia del puchero.

Este doble fenómeno del corazón y del puchero era la misteriosa revelación de un gran prodigio.

En él estaba como en germen la fuerza poderosa que acortando las distancias ha venido necesariamente á hacer el mundo más pequeño.

La primera mujer que lloró ignoraba que tenía en su pecho una verdadera locomotora que había de arrastrarla rápidamente por el camino de hierro de la vida, como si fuera un tren de mercancías.

¿Quién le había de decir á la más frágil de las vasijas que al acercarse al fuego llena de agua iba á producir secretamente la asombrosa maravilla que hoy causa nuestra admiración y nuestro orgullo?

Extraña cosa: la Providencia, tan sabia, tan previsora, fué á colocar su gran secreto en el corazón de las mujeres, de esos seres habladores que todo lo dicen.

Y la naturaleza, tan reservada y tan prudente, fué á confiar su secreto á los pucheros, á esas vasijas que siempre tienen la boca abierta.

Y cosa más extraña todavía: las mujeres y los pucheros han guardado sobre este punto, durante siglos y siglos, el más profundo silencio.

¿Y en qué consiste el misterio de esa fuerza que nos empuja y que tan rápidamente nos lleva á todas partes?

¿Qué combinación prodigiosa de elementos, qué extraordinario esfuerzo de inteligencia ha tenido que hacer el hombre para disponer á su antojo de la fuerza del vapor?

¿En qué rincón ignorado del universo estaba oculta

esa sustancia fugitiva para que nos pasemos á nosotros mismos, gritándonos con orgullosa complacencia:

« Hemos descubierto el vapor? »

Equivaldría á que el mortal afortunado á quien le haya caído el premio grande de la última lotería gritara con arrogante satisfacción: « Ved aquí; yo he descubierto el número que iba á ser premiado. »

Imaginaos á una madre, que mostrando á su hijo recién nacido, dijera: « Hé aquí un ser ignorado de todos, que yo acabo de descubrir. »

La mayor parte de esos descubrimientos con que nos ensoberbecemos, son ellos mismos los que se han descubierto.

Semejante á los pollos, ellos mismos son los que cansados de la oscuridad y de la estrechez en que se encuentran, pican obstinadamente el huevo, rompen el cascarón y salen piando.

Todas las chimeneas del mundo han estado señalando por espacio de siglos y siglos á las ciegas miradas de los hombres el paso del vapor.

Toda el agua que ha hervido en el mundo ha estado diciendo bien claramente á los sordos oídos de los hombres: « El vapor está aquí. »

Los volcanes hirviendo en el seno de las montañas, haciendo saltar peñascos de las cimas de los montes, empujando hacia el aire nubes de humo, iluminando el espacio con torbellinos de llamas, vertiéndose en torrentes de lava, gritando con la voz del trueno, sacudiendo la tierra con las formidables convulsiones del terremoto, han pregonado por el mundo la existencia de una fuerza terrible.

Desde el último puchero en que ha hervido agua hasta el mayor de los volcanes en que ha hervido lava, han estado gritando por espacio de muchos siglos con todas las voces de la naturaleza: « Aquí está la fuerza del vapor. »

Y ahora que cansado de no ser reconocido viene á echar una mano vigorosa para ayudarnos á llevar la pesada piedra del progreso humano; ahora que deseoso de celebridad se unce voluntariamente al carro de la civilización para arrastrarnos por el mundo, nosotros restregándonos las manos con orgulloso asombro decimos: « Hemos descubierto el vapor. »

¿Nacerá nuestro orgullo de que habiéndolo tenido tanto tiempo delante de los ojos no lo hemos visto hasta ahora?

La tierra es un camino; el hombre va por él, tropieza con una cosa, la coge, la muestra á la multitud que le sigue y grita:

« Hé aquí lo que he descubierto. »

En lugar de decir:

« Hé aquí lo que me he encontrado. »

Cuando José abrazando á su hermano Benjamin le dijo: « Yo soy José; yo soy tu hermano José, » no fué Benjamin el que descubrió á José, fué José el que se descubrió á Benjamin.

Ya hace tiempo que la ciencia esparció la noticia de que el sol tiene manchas.

Esto es un descubrimiento; pero yo digo: ¿quién hubiera sido capaz de descubrir esas manchas si el sol se hubiera tomado el trabajo de ocultarlas?

Si descubrir es sacar a la luz lo que está oculto en la oscuridad, el descubrimiento de las manchas del sol es más inconcebible todavía.

Es imposible poner las manchas del sol á más luz que él las tiene.

El hombre que atravesando una calle tropieza y cae de boca, puede decir con más razón que ha descubierto un batacazo.

Después que las cosas se nos meten por los ojos con la tenacidad de la luz, cuando ya sería imposible no verlas, erguimos la cabeza y exclamamos con orgullo: « Hé aquí lo que hemos descubierto. »

Si la electricidad y el vapor y las manchas del sol y la mayor parte de los grandes descubrimientos tuvieran boca, ¿cómo se reirían de los hombres!

El orden de los descubrimientos debe tomarse así:

El primer hombre descubrió indudablemente el día y la noche, el sol, la luna y las estrellas.

Mucho tiempo después de nacer sabe que ha nacido, y después de vivir mucho tiempo todavía parece que ignora que tiene que morir.

Casi todo lo que sabe, lo sabe por revelación.

La palabra le ha sido revelada, lo mismo que la religión, lo mismo que la moral.

No adivina nada; lo que no se le dice no lo sabe.

No solamente no adivina, sino que olvida.

Se puede decir que no está en la intimidad de ningún secreto.

Sabe de la naturaleza y del universo lo que cualquier médico sabe de un cadáver; que tiene músculos y nervios y glándulas y huesos, y nada más.

El gran secreto, el secreto íntimo, se le escapa siempre.

Las ciencias no son más que historias, cuando no son novelas.

¿Porqué no sabe nadie lo que va á suceder? ¿Porqué nos parece tan natural y tan lógico todo lo que ha sucedido?

Porque no sabemos más que lo que nos dicen, y lo que está por venir es un secreto que no puede revelar nadie, como la fuerza del vapor ó la electricidad ó las manchas del sol.

Aquí llevo y aquí me detengo.

Entré buscando un artículo ameno, entretenido, curioso, y me he encontrado esto.

Ahí va.

El corazón.

Segun la medicina, el corazón no es mas que la regadera del cuerpo humano.

Una especie de bomba que comprimiéndose y dilatándose alternativamente, lanza raudales de sangre por las misteriosas vertientes de las venas.

* Mecánicamente considerado, es el muelle real de este reloj eternamente descompuesto que se llama hombre.

Un aparato admirablemente construido, pero nada mas que un aparato.

La medicina y la mecánica, estas dos ciencias de la fuerza y de la vida, se sientan al pie de ese descubrimiento con la satisfecha tranquilidad del viajero que ha terminado su camino.

No tienen ni una palabra mas que añadir á sus investigaciones.

Hé ahí el corazón segun la ciencia.

Nosotros ignorantes, ponemos la mano sobre él y lo sentimos golpear incesantemente, como si quisiera que no olvidáramos que va siempre con nosotros.

En sus latidos hay algo de impaciencia, algo de esa precipitación que en sus movimientos llevan las cosas que acaba pronto.

Parece que la rapidez incesante con que se agita, es una voz sin palabras que nos está gritando siempre: « Esto va á escape. »

Yo creo algunas veces que es un ser escondido dentro de mi ser, encargado de contar los instantes de mi vida.

Terrible cronómetro que no pierde ni un átomo de tiempo.

Sus latidos son como los golpes sordos de una piqueta inexorable que va minando lentamente los cimientos de un edificio.

El día que el ruido cesa, el edificio se desploma.

Para los médicos, solo arroja la sangre que nos da la vida.

Observadlo bien y vereis que cuando se siente oprimido empuja hacia los ojos torrentes de lágrimas.

El corazón, se puede decir que es el cerebro de los sentimientos.

La cabeza nos dice: piensa; el corazón nos dice: siente.

La inteligencia discurre, el corazón adivina.

Lo que en la inteligencia es un cálculo, en el corazón es una esperanza.

La razón hubiera ya convertido en virtudes todos los vicios si hubiera podido seducir al corazón.

La inteligencia mas grande no vale tanto como un corazón hermoso.

La inteligencia propone, el corazón manda.

Para medir bien la diferencia que hay entre la filantropía y la caridad, debe tenerse presente, que la primera es una idea y la segunda un sentimiento.

La lógica del corazón dispone de argumentos irresistibles.

Nada hay mas fácil que tener veinte y cinco años.

A poco de nacer, los tiene cualquiera.

Un hombre de veinte y cinco años tropieza un día con una hermosa cabeza plantada gallardamente sobre un cuerpo gracioso.

Esta cabeza tiene una cara, esta cara tiene una boca fresca como una rosa que acaba de abrirse, y dos ojos que no debieran cerrarse nunca.

Ese tropiezo es una mujer, y Madrid está lleno de esos tropiezos.

Dos corazones jóvenes se entienden al instante, porque el corazón es mucho mas perspicaz que la inteligencia.

Se ven: este es el exordio.

Se miran: esta es la exposicion.

Se hablan: esta es la conclusion.

La fuerza lógica de este discurso produce á la vez en ambos un mismo convencimiento. Los dos se separan seguros de que han nacido el uno para el otro.

Y cuando esta manía llega á grabarse en el alma, no hay forma de sacarla de la cabeza.

Hágase de ese amor una idea, y esos pobres amantes no se convencerán jamás.

La serpiente del paraíso, con todo su talento, hubiera luchado mucho tiempo sin convencer á Adán para que probara el fruto prohibido.

Así debió comprenderlo, cuando desechando todos los persuasivos recursos de su diabólica imaginación, adoptó por toda figura retórica la hermosa figura de Eva.

Todo hombre enamorado es un ser á quien por un procedimiento incomprensible, se le ha subido el corazón á la cabeza.

Por eso discurre de una manera que nos parece loco.

Aquí hay un padre severo.

Ha vaciado su voluntad en el molde frío de la razón.

Discurre con una lógica incontestable.

Todo el mundo es de su parecer, excepto su hija.

La cuestión es muy sencilla: se trata de elegir un marido.

El padre ha puesto los ojos de su razón en uno; la hija ha puesto los ojos de su corazón en otro.

El padre hilvana una serie de reflexiones profundas y sostiene su idea con argumentos incontestables.

La hija oye y calla. Realmente no tiene nada que contestar, y el padre se restrega mentalmente las manos celebrando el triunfo de su razón y la eficacia de su lógica.

Entre tanto el corazón de la hija late apresurada-

mente, como si quisiera aturdira con su continuo martilleo.

Al otro día el padre observa que la hija ha comido poco.

Al otro día nota que está demasiado pálida.

Al día siguiente la sorprende llorando.

Estos tres argumentos, formulados sucesivamente, destruyen toda la fuerza de su convencimiento.

Una sombra de tristeza, un poco de palidez, unas cuantas lágrimas acaban de mofarse de un cúmulo de razones que parecían indestructibles.

El camino que va mas derecho á la henchida gaveta de un padre rico, no es el que va á la puerta de su despacho, sino el que conduce al corazón de su hija.

No quiera Dios que una mujer ó un niño os pidan una iniquidad por medio de una lágrima ó una caricia, porque de seguro os convencerán.

Registrad bien vuestro bolsillo.

Los números inflexibles os señalarán con la sangre fría que los distingue, la cantidad precisa de dinero que forma toda vuestra fortuna.

El último duro os dice terminantemente que no hay mas.

Pero hay en la joyería que está enfrente de vuestra casa un brazaletes que se ha empeñado el joyero en que vale lo menos el doble de vuestra fortuna.

Teneis una hija, una amante ó una esposa que ha hecho de esa joya el objeto constante de su pensamiento.

Vuestro corazón tiene tambien su aritmética y echa sus cuentas.

El brazaletes cuesta el doble de vuestro dinero; pero la alegría de una hija, la sonrisa de una amante ó la tierna satisfacción de una esposa, valen mucho mas que el brazaletes.

Esto es casi una especulación, y el corazón es un bolsillo inagotable.

Vuestro dinero se dobla.

Para el corazón no existen imposibles.

La elocuencia seria bien poca cosa, si solo tratara de convencer.

Si no conmoviera no haría nada.

El estilo es el hombre, ha dicho uno, y todos lo hemos repetido, y esto para mí quiere decir que el hombre es su corazón.

No todos los cadáveres están en los cementerios; muchos circulan insepultos fingiendo una vida que han perdido.

El hedor de sus pensamientos, la frialdad mortal de sus palabras os dirán cuáles son los que pasean por el mundo un corazón muerto.

Un tonto inspira desden.

Un hombre de talento, admiración.

Un corazón corrompido, odio.

Un corazón generoso, cariño.

La sensibilidad es la inteligencia del corazón.

Un hombre sin corazón es una estatua que parece que piensa.

Una mujer sin corazón es menos todavía: es una estatua que se mueve.

JOSE SELGAS.

Juicio crítico

POR EL DOCTOR ALEMAN F. WOLF (1).

I.

Bien sabido es que los españoles han procurado escribir cuidadosamente la historia de su derecho y legislación, y bastará para probarlo que citemos desde la mitad del siglo pasado, los trabajos de Burriel, Aso, de Manuel, Marina, Sempere, Lardizabal; las excelentes introducciones á la colección ó compilación de los códigos españoles concordados y anotados, por Pacheco, Pidal, Laserna y otros; la colección de fueros y cartas-pueblas publicada por Muñoz (Madrid 1847), y por fin el excelente y muy distinguido manual de don José María Antequera (Historia de la legislación española, Madrid, 1849).

La obra que nos ocupa no solo es digna de figurar en la serie de las indicadas, sino que señaladamente se distingue de todas ellas por su plan mas vasto, y por su mayor desarrollo y amplificación en los detalles.

Los doctos autores exponen detalladamente el objeto de su obra en la introducción con que empieza el tomo primero.

El tema que se han propuesto no ha sido escribir una historia de la legislación interior y exterior, sino demostrar por medio de la íntima relación ó concordancia con el estado político del país, el origen, el motivo, la oportunidad de la ley, su publicación y sus modificaciones; su razón de ser y la conveniencia de su promulgación, lo cual habia sido mas ó menos descuidado por sus predecesores.

Dividen su asunto en dos secciones principales: en la

(1) En el suplemento á la *Gaceta Imperial de Viena* titulado *Semanario para la ciencia, el arte y la vida pública*, el profundo crítico y consumado literato alemán Fernando Wolf, ha hecho un juicio científico sobre los tres primeros tomos de la *Historia de la legislación*, obra monumental escrita en español por los señores Manrique y Marichalar, que creemos verán con gusto nuestros lectores, pues se trata de una publicación que no solo es interesante para la historia de derecho y legislación de España, sino que es de una importancia general, como se demuestra en estos artículos.

(N. DE LA R.)

primera, ó sea la histórica, trazan ó exponen la legislación en su relación causal con los estados político y social, no sin hacer algunas excursiones al derecho extranjero: en la segunda, ó sea la crítica filosófica, consideran la ley segun sus principios constitutivos, en los cuales se funda ó de los que se deduce (*en la segunda sección examinaremos filosóficamente el derecho constituido, cuidando de expresar los principios constituyentes de cada materia*); con lo cual unen la historia y la filosofía para el examen del derecho interior.

La exposición histórica y su desenvolvimiento se presenta en cuatro periodos: el romano, el de los godos de Poniente, el de la reconquista, y el moderno. El periodo romano comprende tres épocas: primera, desde la expulsión de los cartagineses en la segunda guerra púnica hasta el reinado ó gobierno de Augusto; segunda, desde este hasta Constantino; tercera, desde este hasta la separación de la península ibérica en tiempo de Honorio. El periodo de los godos de Poniente lo tratan en ocho capítulos, en los cuales aparecen las subdivisiones principales mas naturales: el *Breviarum Alarici*, las legislaciones y codificaciones de Recaredo, Chindasvinto y Recesvinto, Wamba y Egica.

El tercer periodo empieza con la conquista de la península ibérica por los árabes al principio del siglo VIII, y llega hasta la fundación de la monarquía española por la Reina Católica. Los reinos cristianos que hasta entonces se habian formado por si solos, se consideran separadamente, á saber: primero Leon y Castilla, luego Navarra, Aragon y Cataluña; exponiéndose respecto de cada uno de ellos la serie cronológica de los que los gobernaron, á manera de un cuadro ó revista necesaria para la inteligencia de la historia política; haciéndose luego una enumeración lo mas completa posible de los actos legislativos de cada reinado, y siguiéndose despues un resumen de las actas parlamentarias.

El cuarto periodo, ó sea el moderno, presenta de una manera analoga el poder legislativo y constitutivo desde la primera hasta la segunda Isabel.

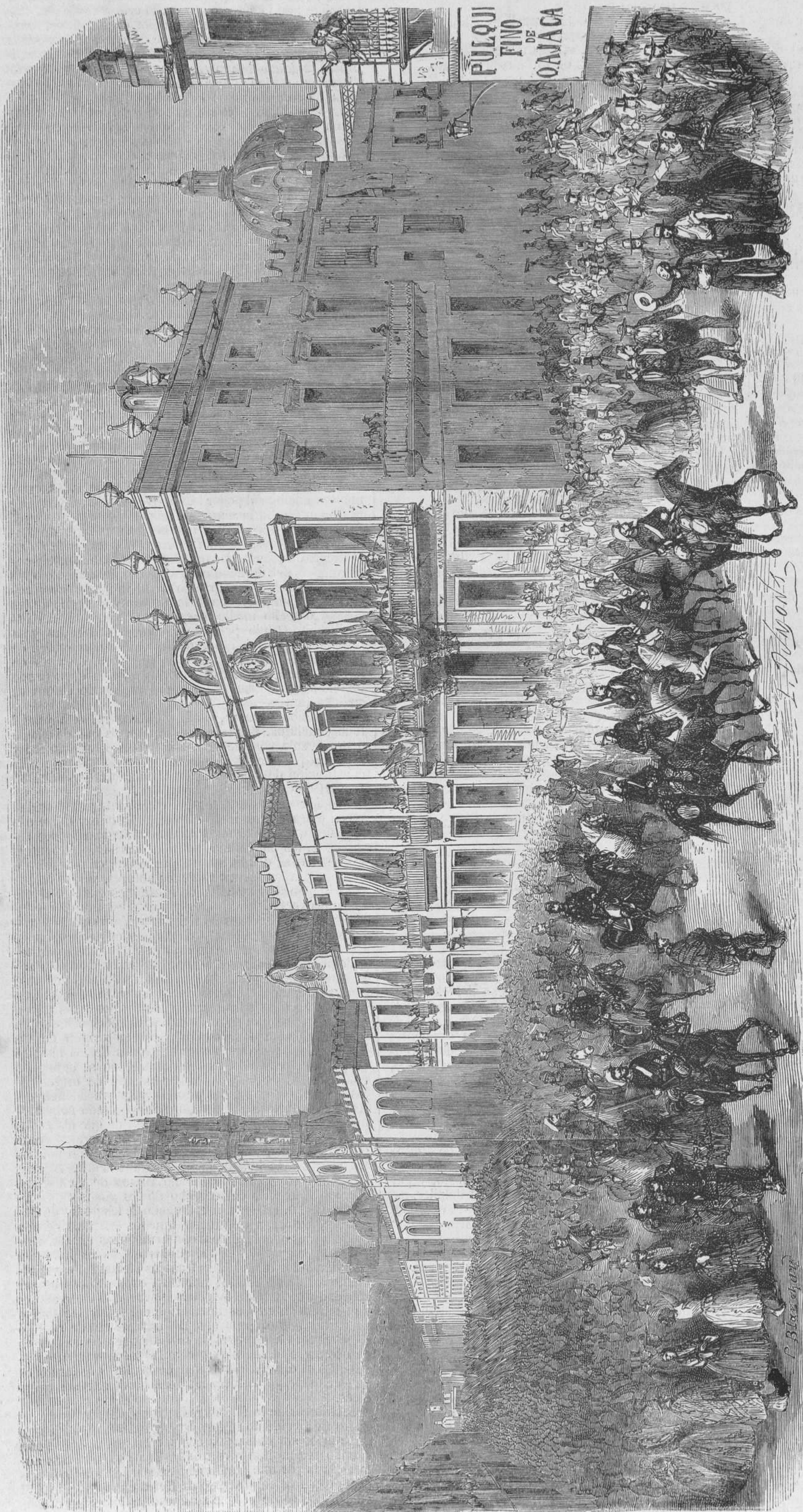
En la segunda sección que los autores intitulan *Recitaciones del derecho civil de España* (en el sentido de Heineccio), quieren dar un desenvolvimiento histórico-dogmático del derecho civil vigente, exponiéndolo en tres libros segun el método de la jurisprudencia romana, á saber: derecho de las personas, derecho de las cosas y derecho medio, ó sean acciones, con una introducción (título preliminar) sobre el derecho y la justicia en general, haciendo la apreciación crítica de la fuerza del precepto legal, bajo el punto de vista de la razón y de la autoridad, por lo cual la obra puede tambien servir como un trabajo anticipado de nueva codificación.

La sección primera, ó sea la histórica, está ya del todo concluida. Los tres tomos impresos que de ella se ocupan, solo comprenden, sin embargo, el primero y segundo periodo, y del tercero correspondiente á la constitución de Leon y Castilla, hasta la muerte de Don Juan II de Castilla.

Descúbrese ya por este plan, con cuánta grandiosidad y con qué rica sencillez está dispuesta la obra. Por eso tenemos que limitarnos á llamar la atención sobre algunos de los puntos mas sobresalientes é interesantes, y que mas se distinguen ya por lo que caracterizan á la obra y á las opiniones de los autores, ya por lo que contribuyen á la solución de cuestiones que son objeto de controversia.

Aunque los señores Marichalar y Manrique han tratado con gran diligencia el periodo de los godos de Occidente, es sin embargo muy sensible, no hayan tenido presentes sobre este punto los trabajos de los sabios alemanes, especialmente los de los últimos tiempos; porque si hubieran apreciado en su justo valor el tratado de Jacobo Grimms sobre Jornandes y los getas, (Berlin, 1846) y el libro de H. A. Sehottensacks sobre los tracios considerados como tronco origen de los getas y de las diversas ramificaciones de los pueblos godos (Stendal, 1861), habrían rectificado su opinión ó conjetura acerca de la mancomunidad de origen de los tracios, escitas, getas y godos, y su procedencia del Asia; y en parte habrían tambien encontrado palpablemente refutada su extraña deducción, de que los godos por este motivo no deben tenerse ó considerarse como un pueblo germánico. Si además hubieran utilizado los trabajos de Aschbach, Lembke, Gans, Turk, Blusne, Merkel, y en particular los novísimos de Helfferich, (Origen é historia del derecho de los godos de Occidente, Berlin, 1858) sobre el derecho de los godos de Occidente, hubieran terminado muchos artículos de una manera mas concluyente y con crítica mas exacta. Entonces, por ejemplo, si los sabios españoles hubiesen examinado los importantes trabajos alemanes, especialmente los de Helfferich, hubiesen expuesto con mayor claridad y convicción una de las partes mas interesantes de su trabajo, cual es la relación del poder legislativo de Chindasvinto, para con la codificación de su hijo Recesvinto. Las sagaces investigaciones de Helfferich dan como resultado muy probable que únicamente Recesvinto es el verdadero autor de las leyes de los godos de Occidente y que todas las posteriores solo son apéndices.

Sabido es que la última redacción de las leyes de los godos de Occidente se formó por Egica: Helfferich no tiene esto, sin embargo, como cosa demostrada, aun cuando sea posible y verosímil. Tampoco nuestros autores, á la par que Helfferich, tienen por muy convincente el pasaje del discurso de Egica en el concilio XVI de Toledo, sobre el que se apoya la adopción ó convención tradicional ó consuetudinaria; si bien y á



Entrada de la division Bazaine en Méjico el 7 de junio.

nuestro parecer no le han interpretado con tanta exactitud como dicho Helfferich, y sus argumentos contra la demostración de la opinión ordinaria son mas profundos y concluyentes. Pero nuestros autores dan todavía un paso mas avanzado, y a nuestro juicio sin muy sólido fundamento de la simple negación pasan a la afirmación, asegurando que la última redacción del Código de los godos de Occidente debe colocarse ó remontarse a la época del reinado de Pelayo, antes del primer concilio de Oviedo (811), en cuyas actas se menciona por primera vez el *Liber Gothorum*.

Sobre este punto van acordos nuestros autores con Helfferich, acerca de que el manuscrito legionario de san Isidoro contiene el verdadero y auténtico texto del *Forum judicum* (Fuero Juzgo), aun cuando tambien aqui la importancia y gravedad del manuscrito ha sido puesta en plena evidencia por la crítica demostración y comparación con los mas antiguos.

Por lo que toca á la traducción del Fuero Juzgo al castellano viejo, hacen nuestros autores la muy oportuna observación de que segun los datos del célebre Campomanes, en su Regalia de Amortización y en un manuscrito que poseia, debe haber existido una mas antigua que la que se conoce autorizada ó firmada por san Fernando (1241), porque Campomanes asegura que posee un códice manuscrito sobre pergamino, de las leyes godas, escritas en castellano, que contaba mas de quinientos años. Campomanes publicó su tratado de la Regalia de Amortización en 1760, cuyo lenguaje concordaba en un todo con el dialecto que en su tiempo se hablaba en las comarcas montañesas de Asturias y Leon.

Este último dato (si es que sobre el particular puede juzgarse competente á Campomanes) de la diversidad de lenguaje de esta traducción respecto de la conocida, y su igualdad ó analogía con el dialecto astu-

riano, atestiguaría la existencia de una traducción mas antigua.

Nuestros autores reimprimen en su obra las fórmulas de los godos de Occidente, publicadas por primera vez en Paris por Roziere en 1854, y las acompañan con comentarios de gran valor. Pero tambien es sensible no hayan conocido los trabajos de los sabios alemanes como Biedermveg (*Commentatio ad formulas Visigothicas*, Berolini 1856) y Helfferich; porque entonces no solo habrían hecho una crítica mas profunda é incisiva del texto, sino que habrían encontrado bien asegurada la autenticidad de algunas fórmulas que todavia tienen como dudosas, y no hubieran ido á buscar tan atrás la edad y el origen de las romanas, puesto que reconocen como de origen romano una gran parte de las mismas. Cuentan entre las de puro origen romano las designadas con los números 1, 2, 3, 4, 5, 7, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 21, 22, 23, 24, 25, 26 y 34; entre las mixtas resul-

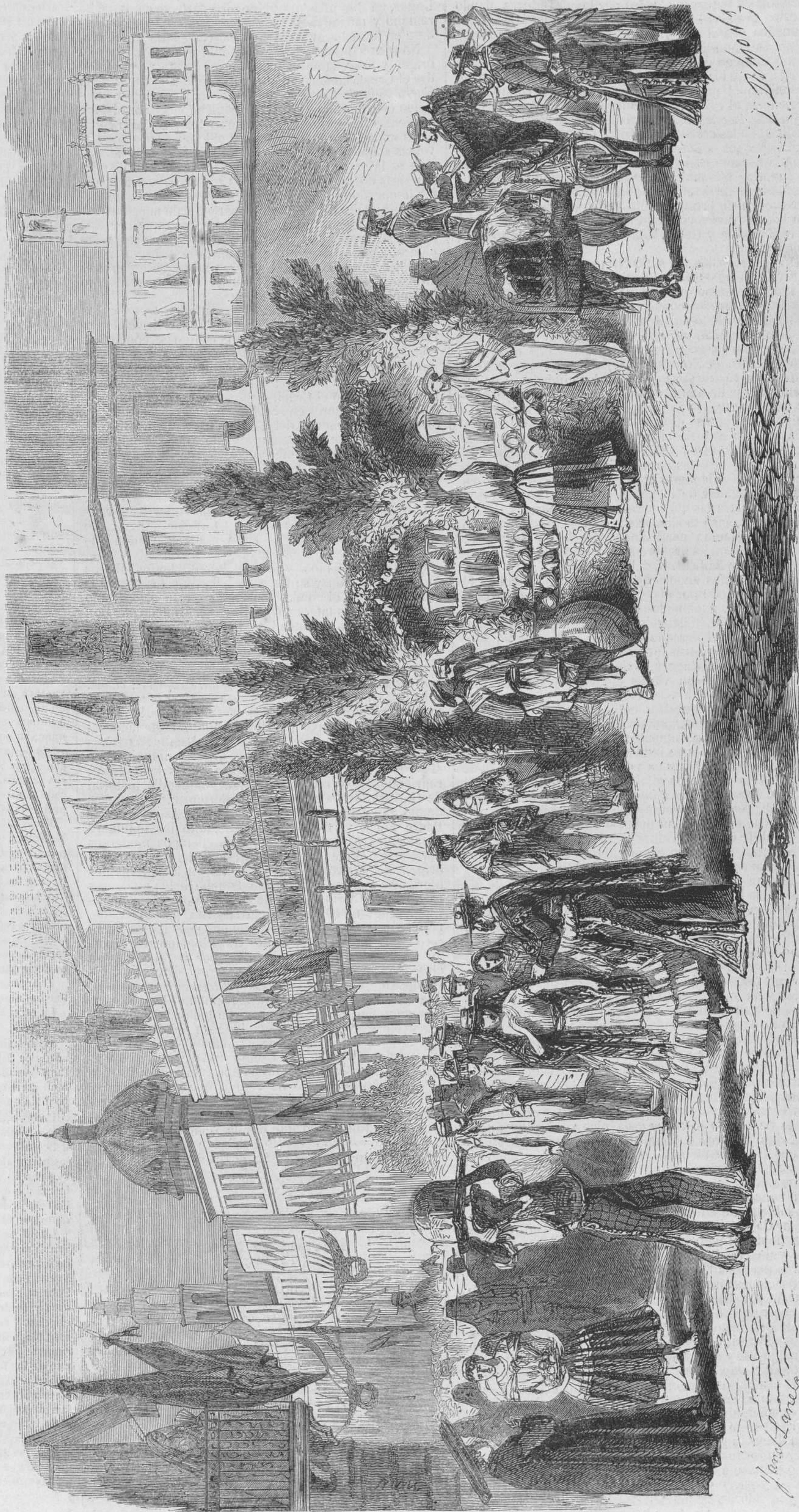
tantes de los elementos romano y godo, las de los números 10, 11, 12, 13, 31, 36, 37, 38, 39, 41, 43, 44 y 46, y entre las que solo tienen origen gótico las de los números 9, 20, 27, 28, 29, 30, 32, 33, 35 y 40; pero suponen como origen de las romanas y de las mixtas la legislación romana anterior á la *Lex Romana visigothorum*, rechazando todo influjo del código ó colección de Justiniano, y segun mi modo de ver, conforme á las investigaciones de Helfferich queda bien sentado el resultado de que el arreglo de esas colecciones de fórmulas tuvo lugar en aquel periodo transitorio, en que la legislación romana tendia á fundirse con la de los visigodos, sin que todavia se hubiere efectuado la fusión; de manera, que la única fecha que se encuentra (fórmula 20), á saber, el año III del reinado de Sisebuto (615) debe tomarse indudablemente por el año del arreglo; y finalmente, porque en la redacción del lenguaje y de la realidad de los hechos, no es permitido

desconocer la intimidad con la legislación Justiniana. Respecto al periodo de los godos de Occidente vamos a ocuparnos con una cuestion muy debatida y a la que los autores consagran un capitulo especial. ¿Fueron los concilios toledanos asambleas parlamentarias propiamente dichas? (Capitulo IX) ¿Fueron Cortes los concilios de Toledo? Niegan esta pregunta, y con gran lujo de erudicion bien probada, y no menos sagacidad, procuran demostrar, que unicamente los teólogos reunidos tranquilamente legalizaban sus interesantes conclusiones, dandoles fuerza de ley con su firma; *hac instituta, gesta, ó bien, decreta sinodalia a nobis definita*, ó bien, *(edita, subscripsi)*; y que los magnates y dignatarios de la corte llamados al efecto por el rey, solo tomaban parte en los concilios como testigos, ó todo lo mas como consultores ejecutores de las conclusiones, ó como comisarios regios, y que por esto, firmaban como tales (*subscripsi*). Segun opinion de los autores, los concilios

solo tuvieron al principio carácter espiritual que poco á poco pasó á ser mixto, sin que por esto se convirtiesen en asambleas parlamentarias propiamente dichas; lo cual se verificó de la manera siguiente. Cuando los reyes tenían interes en publicar un estatuto ó ley, convocaban los concilios so pretexto de tratar cuestiones espirituales, mezclando con estas en su curso de apertura, ó del trono, la ley ó leyes que querian introducir en el reino, y para las cuales, por suponer que no habian de ser bien aceptadas por el pueblo, querian obtener ó alcanzar la autorizada confirmacion de los obispos, cuyo influjo en aquel tiempo era omnipotente. Para apoyar la discusion de estas leyes enviaban á las asambleas algunos personajes seglares, que por sus conocimientos, riquezas é influjo politico parecian mas á propósito y con derecho de asistir al consejo del rey. Asi pues, estos grandes dignatarios (*próceres*) delegados por el rey para asistir á los concilios, eran

eleccion, participacion en la legislación y en la imposición de contribuciones independientes de las rentas de la corona. Si en los dos primeros periodos de que acabamos de hablar los autores habrian podido aprovechar muy útilmente los trabajos de los sabios alemanes, en cambio la parte siguiente, que comprende el tercer periodo (la reconquista), presenta ricos y nuevos materiales, y un auxilio tan deseado, como que hasta ahora solo teniamos los escasos publicados por Marina y Semper; razon por la cual creemos se nos agradecera llamemos la atencion sobre algunos de sus puntos mas esenciales, con los que debemos naturalmente contentarnos. Asi, los capitulos IV y V que tratan de la formacion y desarrollo del derecho municipal, y de las ordenanzas de las ciudades en Castilla (Legislacion foral) son en extremo interesantes.

Los autores ven el origen y desarrollo de este derecho



La calle de los Plateros en Méjico el dia de la entrada del ejército francés.

local en la conquista ó reconquista de los puntos perdidos por los musulimes. Para ganarlos y conservarlos era preciso fundar en los nuevos límites ó fronteras, fortalezas y lugares poblados por los defensores, dando á estos grandes libertades y derechos especiales, relacionados con el peligro y la importancia de su situación. De aquí los mas antiguos derechos de lugar, como tambien de frontera (*Fueros de frontera*). Establecen luego los autores como fundamento del derecho castellano el principio de que todo país conquistado pertenecía al rey, y por lo tanto los derechos señoriales y jurisdiccionales emanaban del poder real; por cuyo motivo aun las cartas de poblacion (*cartas-pueblas*) otorgadas por los señores eclesiásticos y seculares, reconocían la sancion real y la soberanía y apelacion (*alzada*) al superior tribunal del rey. Esta relacion estaba mas profundamente determinada en Castilla que en Aragon; por eso en el primer punto nunca el feudalismo echó tan hondas raíces como en el último. (Véase á Antonio de la Escosura y Hevia, *Juicio crítico del feudalismo en España*.)

Desde mediados del siglo XI se desarrollan en Castilla y Leon estos derechos de lugar, y se dividen, en de *realengo* cuando proceden del rey, y en de *señorío eclesiástico y seglar* cuando pertenecen á la Iglesia ó á los magnates. Estos distinguidos privilegios concedidos desde un principio por los reyes ó por los señores, que casi ejercían prerrogativas soberanas, y que contienen disposiciones, ordenanzas y leyes civiles y penales ó criminales, relativas al órden en las ciudades y en los territorios, se llaman *Fueros*, ó mas técnicamente *Fueros municipales*, para distinguirlos de las otras significaciones en que se usa la palabra fuero (*de forum*). (Véase sobre esto Schafer, *Historia de España*, parte segunda, págs. 419 y 420.)

La mayoría de estas constituciones municipales reconocen como fundamento el Fuero Juzgo, sobre todo en lo que es peculiar de la parte jurídica; mas como este no bastaba para las nuevas relaciones generales y especiales, fué preciso modificarlo y completarlo por medio de una legislación particular y derecho de localidad. (Véase la cita que se refiere á este punto en el *Especulo Alfonsino*, ley XLI, tit. V del quinto libro.)

Uno de los mas importantes fueros de localidad es el concedido en 1020 por el concilio de Leon á esta ciudad y su territorio, explanado en algunos puntos por el de Coyanza en 1050, y llamado Fuero Juzgo de Leon, que en la historia del derecho español ocupa un sitio muy preferente. Este y otros fueros no menos célebres como los de Sepúlveda, Cuenca, Najera, Búrgos y otros, los pidieron y obtuvieron varias ciudades y lugares, haciéndose así generales.

Señalan además nuestros autores los fueros concedidos en fechas ciertas, por órden cronológico, fundándose siempre en documentos; pero en estos mismos fueros y documentos se indican otros sin determinar las fechas, de los que ninguna noticia han podido obtener. Han reunido por órden alfabético estos últimos bajo el título de *Fueros de fecha incierta*. Nada diremos en general sobre esta interesante exposicion, ni sobre las particulares noticias que dan del mas antiguo fuero de Búrgos y del de Grañon.

Presentan luego una exposicion de hasta ochenta y siete fazañas inéditas, excepto algunas pocas que se encuentran en el Fuero Viejo. Llamábase fuero de albedrio ó de las fazañas, la sentencia arbitral sobre ciertos casos notables no previstos en las leyes, que servían de norma para que sus analogos pudiesen resolverse del mismo modo. Pero segun los autores, solo tuvieron fuerza de ley las fazañas pronunciadas por los reyes, por el tribunal de su casa, señor de Vizcaya, y adelantados mayores de Castilla. Han dividido estas fazañas en civiles, criminales y ríptos de los nobles.

Las de la tercera clase han dado motivo á los autores para presentar un tratado ó memoria sobre el duelo, como prueba judicial, llamado en España *Juicio de Dios*. Esta prueba, usada sobre todo por los nobles, se clasificaba con razon en muchos fueros y derechos locales, entre los malos fueros, y en las cartas de concesion se declaraba abolida, así como las no menos bárbaras del hierro candente y agua hirviendo. Sobre los dos últimos modos de prueba entre los españoles y sobre los malos usos, dan nuestros autores interesantes noticias tomadas en parte de fuentes no impresas. Bien sabido es que todas estas pruebas quedaron abolidas por primera vez en el concilio de Valladolid de 1332.

La concesion de semejantes privilegios locales fué indudablemente en interés de los reyes para contrabalancear de este modo las prerrogativas y usurpaciones de la nobleza; pero nació con ella tal divergencia de leyes y de su aplicacion, que se hacia cada vez mas visible la necesidad de introducir mayor uniformidad y codificaciones mas generales. Extendiase al mismo tiempo hasta por España desde el siglo XIII el influjo del derecho romano, ganando las simpatías de los reyes, porque con él se aumentaba la autoridad real. Correspondiendo á tal necesidad y á este influjo, vemos á Don Fernando III, y aun mas particularmente á su hijo Don Alfonso X, emplear extraordinaria actividad legislativa en las asambleas nacionales, y en codificaciones generales, que no solo forman época en la historia de derecho español, sino que han adquirido celebridad universal. Era por lo tanto natural que nuestros autores tratasen detenida y detalladamente estos dos reinados.

Pero nosotros podemos prescindir de este punto porque pertenece á la historia mas conocida del derecho español, y porque la actividad legislativa de Don Alfonso X ha sido perfectamente descrita y estimada en su

justo valor por los sabios alemanes de nuestros tiempos, principalmente en las características pinceladas de Helfferich, y tambien en la preciosa monografía de Fr. W. Unger, en que presenta un cuadro perfecto del derecho romano y nacional en los pueblos modernos, deteniéndose en la lucha entre el derecho castellano y romano.

No aparece tambien comprendida ni analizada en su origen y fines, la coleccion de leyes hecha por Don Pedro el Cruel, conocida generalmente con el nombre de *Fuero viejo de Castilla*, porque el mismo Unger confunde este fuero con el real, suponiéndolos uno mismo: los demás historiadores alemanes del derecho, así como otros sabios españoles, han sostenido opiniones muy diversas sobre el origen de este código, si bien la de Marina es la mas generalizada en España y fuera de ella. Nuestros autores aducen nuevos materiales para ventilar la cuestion, y á nuestro juicio se colocan en un terreno mas sólido. Por esto nos parece debemos explicar su opinion, con tanto mas motivo cuanto que por este medio se esclarecerán y presentarán en nuevas relaciones y concordancias otros puntos oscuros y controvertibles, como los que se refieren á la legislación mas antigua de los condes de Castilla, y á la que se cree formada en las Cortes de Najera.

Segun la opinion de nuestros autores, tres son los periodos que deben distinguirse en la historia del *Fuero viejo de Castilla*: primero desde el código del conde Don Sancho Garcia, muerto en 1017, hasta las Cortes de Najera de 1138; segundo desde esta época hasta el reinado de Don Alonso el Sabio; y tercero desde Don Alonso hasta Don Pedro el Cruel.

Buscan los autores en el primer periodo los gérmenes, origen y fundamento del Fuero Viejo, intentando demostrar, ó hacer al menos probable que el conde Don Sancho merece el renombre de legislador (*qui dedit bonos foros et mores in tota Castella*): que dió particularmente leyes y libertades á sus compañeros de armas (*militibus que tributa solvere et militare cum principe*, este es Sancho, *tenebatur, contulit libertates*); apoyándose en estos originales y en historiadores dignos de crédito como don Lucas de Tuy y el arzobispo don Rodrigo.

Que los castellanos, y principalmente los caballeros (*milites*), tuvieron y se les reconocieron estos derechos concedidos por el conde Don Sancho, está demostrado con documentos tales como el Fuero reformado por Don Alonso VII para la ciudad de Toledo, en que abolía el fuero de los francos, muzárabes y castellanos, dando á todos como norma el código visigodo, si bien con esta expresa adición ó privilegio en favor de los castellanos: *si aliquis castellanus ad suum forum ire voluerit, vadat*. Además, en el concilio de Coyanza de 1050 se apeló expresamente á este fuero del conde Don Sancho; y Escalona en 1130 obtuvo por ley el fuero castellano del conde Don Sancho (*pro foro de comite Domino Sancio*).

Citan tambien nuestros autores otros testimonios, que si no tan decisivos, son sin embargo dignos de atención, refiriéndose á la crónica del Cid, compendio historial de Garibay, trabajos del Padre Berganza, y opiniones de tan afamados autores como Burriel, Aso, Manuel y Padre Florez: siguen sobre este punto las opiniones aceptadas como mas valederas en tiempos modernos por Marina, Pidal y otros, que creen debe buscarse el origen del Fuero Viejo de Castilla en los privilegios otorgados por el conde Don Sancho á los guerreros castellanos. Ciertamente es que hasta hoy no se ha encontrado ningun código original suscrito por el conde, pero todos los privilegios concedidos por él á los guerreros, han obtenido, al menos tradicionalmente, el valor de legislación, aplicada luego por los nobles á su clase, y cuyos privilegios sostuvieron siempre; derivándose de aquí el título (*Rechtstitel*) de Fuero Viejo, que se fué desenvolviendo sucesivamente al lado de los fueros municipales y del Juzgo que todavia subsistia.

Nos parece tanto mas aceptable esta opinion, cuanto que el lento desarrollo y el carácter del Fuero Viejo concuerdan en un todo con semejante origen, y le aclaran por completo. De aquí la fundada suposicion de que Don Sancho formó un código que comprendia la redaccion original ó primitiva del Fuero Viejo en lenguaje latino, ó tal vez en castellano antiguo, completamente distinto al en que hoy le vemos redactado; y creemos no estuvo acertado Helfferich al combatir esta suposicion calificándola de hasta risible.

(Se continuará.)

M. BONET.

Revista de Paris.

A pesar de todas las noticias extra-oficiales que nos prometían grandes innovaciones en la celebracion de la fiesta nacional del 15 de agosto, esta ha tenido lugar con arreglo al programa invariable que hace años conocen nuestros lectores. Salvas de artillería, socorros repartidos entre los indigentes, misa solemne y *Te Deum* en la catedral, funciones gratis en todos los teatros con las correspondientes cantatas adecuadas á la circunstancia, por cuyo motivo ha resonado repetidas veces el nombre de Méjico, iluminaciones y fuegos artificiales, hé ahí la lista de los capítulos que contiene el eterno programa. Justo es decir, sin embargo, que las iluminaciones han sido brillantísimas este año, sobre todo en el jardin de Tullerías, la plaza de la Concordia y los Campos Elíseos. El calor excesivo que hace este verano en Paris, donde el termómetro ha subido hasta 39 grados, cosa que no se habia visto en siglo y medio, no impidió la afluencia de gente ansiosa de contemplar la parte mas admi-

rada de la fiesta, es decir, la iluminacion y los fuegos artificiales. En cuanto á los teatros, si se exceptúa el de la Grande Opera, donde se ejecutó la *Muda*, no han tenido por causa del calor el crecido número de aficionados de costumbre. En la noche del 14 hubo en el palacio de Saint-Cloud, residencia actual de Sus Majestades Imperiales, un baile íntimo organizado por la emperatriz Eugenia, que á pesar de su carácter privado ha sido una fiesta muy lucida. El palacio estaba iluminado con profusion, y hubo tambien fuegos de artificio.

El juéves último las cinco academias que componen la docta corporacion que lleva el nombre de Instituto de Francia, celebraron su sesion pública anual bajo la presidencia de M. Paulin París, presidente de la Academia de inscripciones y bellas letras, asistido por MM. Villemain, Guignot, Velpeau, Jouffroy y Naudet. La solemne sesion fué abierta por el discurso del presidente y la proclamacion del premio bienal de 20,000 francos concedido á M. Appert. Despues el Instituto oyó el informe sobre el concurso de 1863 relativamente al premio fundado por M. Valnay. El premio de 1,200 francos destinado á una obra de filología comparada, ha sido para M. Adolfo Pictet, de Ginebra. M. Wallon leyó un estudio sobre la caida de Ricardo II; M. Couder una Memoria sobre el carácter del arte en general, y M. Baudrillard un estudio sobre E. Pasquier. Finalmente, M. Viennet terminó la sesion como los años anteriores, con la lectura de algunas de sus fábulas, que obtienen siempre un buen éxito merecido.

Uno de los miembros mas eminentes del Instituto, M. Babinet, se ha ocupado esta semana del proyecto de navegacion aérea que piensa llevar á cabo en Baden el célebre fotógrafo Nadar, expresándose en términos que hacen concebir las mas lisonjeras esperanzas. Hé aquí algunos de los párrafos principales de su escrito:

«Voy á dar cuenta, dice, de una actualidad de las mas importantes. Mientras en las academias y en el público académico se hablaba con indecision y casi con indiferencia de hélices aéreas, y algunos juguetes de niños lanzados mecánicamente subían dando vueltas á alturas considerables, dos aficionados, M. Nadar y M. de la Landelle, entrambos bien conocidos del público, se consagraron con pasion al estudio de la navegacion aérea por medio del hélice, y han construido unos pequeños aparatos cuya fuerza motriz reside en un resorte, y que se elevan, con alas y resorte, sin tomar del exterior ningun empuje. Estos pequeños instrumentos son pues unos perfectos automotores, y encuentran su punto de apoyo en el aire que atraviesan. Queda por estudiar la forma de las alas de los hélices, así como la naturaleza de la máquina de vapor que debe suministrar el gran motor; pero como un modelo en grande es siempre mucho mas ventajoso mecánicamente que un pequeño aparato de escasa capacidad, se puede afirmar aquí sin riesgo, que si se ha levantado en el espacio un ratoncillo, mas fácilmente se levantará un elefante. Es una cuestion de dinero y de tecnología, no de ciencia. Bajo este concepto se puede garantizar el triunfo á la navegacion aérea en los límites de lo posible, es decir, que nunca se podrá ir contra los vientos fuertes que hacen plegar el vuelo de las aves mas vigorosas. En cuanto á la exclusion del globo que M. Nadar y M. de la Landelle proscriben con todas sus fuerzas, hace mucho tiempo que todos los físicos han colocado la direccion de los globos mas ligeros que el aire entre los problemas no solamente insolubles, sino absurdos.»

Pocos dias nos separan ya de la nueva prueba intentada por M. Nadar, que tendrá lugar en Baden, como hemos dicho, á principios del próximo setiembre. Todos los puestos están tomados para esta excursion aérea, en la cual los atrevidos viajeros se las prometen muy felices.

A propósito de Baden, las correspondencias que han llegado á Paris en la última semana, no hablan de otra cosa que de la primera representacion de *el Caballero Nahel*, ópera de Litolf, que se esperaba con tanta impaciencia. Desde luego todas las cartas á que nos referimos, públicas y particulares, concuerdan en decir que es una concepcion original y grandiosa.

El argumento ofrece muchas peripecias, y por consiguiente muchas situaciones dramáticas.

La escena pasa al principio de la célebre guerra de treinta años.

Wilhelmina de Offenbourg está enamorada del duque Bernardo de Sajonia Weimar; pero este la prefiere una jóven gitana llamada Cecilia, dotada de una voz maravillosa, que ama á un corneta de dragones suecos, Max Körner, siendo correspondida en su cariño.

En las operaciones militares del duque, así como en los amores de Wilhelmina y Cecilia, se cruzan sin cesar las intrigas del caballero Nahel, genio maléfico que se complace en poner á los personajes del drama en las situaciones mas críticas, hasta que por fin, Max Körner le mata de un pistoletazo. Un descubrimiento extraordinario produce el desenlace: la gitana Cecilia es hija del rey Gustavo Adolfo, quien da su mano á Max, en tanto que el duque Bernardo se casa con Wilhelmina.

Litolf ha escrito sobre este argumento una partitura, que inevitablemente, segun dicen de Baden, será adquirida por alguno de los empresarios de los teatros líricos de Paris. Las piezas que se citan con mas encomio son las siguientes: la balada de la Pobreza cantada por Cecilia con un bonito acompañamiento de arpa y de trompa; una ronda y un aria satánica de Nahel, en el primer acto; — en el segundo, un coro de soldados suecos cantado á media voz y acompañado por los instrumentos de cuerda; la cancion de los dragones de Sajonia Weimar y el sexteto de los Invisibles, la pieza capital de la ópera; — y en el último acto un hermoso duo entre Wilhelmina y Nahel, un precioso wals cantado, y sobre todo la escena del desenlace, ó sea la agonía y la muerte del genio maléfico.

La interpretacion dicen ha sido inmejorable por parte de las señoras Colson y Faure, y de los señores Balanqué y Jourdan.

El autor dirigía la orquesta, y muchas veces debió levantarse de la silla para corresponder á los aplausos y aclamaciones de la brillante sociedad que llenaba el teatro de Baden.

Es costumbre en Francia que el día de la fiesta del soberano se consagre á distribuciones de recompensas honoríficas, y con

sas donde se hacian las operaciones de la quinta, penetraron á viva fuerza, destrozaron los registros y maltrataron á los empleados en las oficinas.

Este grupo, que ya era numeroso, se precipitó muy luego al través de la ciudad, se reforzó despues y comenzó su obra de destruccion y de muerte.

Una fuerza armada insignificante y 300 agentes de policia fueron en un principio los únicos medios de resistencia; mas en la noche del 13 al 14 llegaron otras tropas y se tomaron las disposiciones militares que el caso requeria.

En diferentes barrios hubo una lucha bastante encarnizada, y en la primera avenida se debió emplear la artilleria.

En las calles Sullivan y Thompson habitadas principalmente por la poblacion de color, los amotinados incendiaron muchas casas, y quince negros fueron ahorcados ó quemados vivos. Ni siquiera les infundió respeto el asilo de los huérfanos de color; prendieron fuego á este magnífico edificio, que en breve se convirtió en un monton de cenizas. Felizmente hicieron escapar á los huérfanos, que distribuyeron entre las diferentes estaciones de policia. Sin esta acertada precaucion, es de presumir que muchas de esas criaturas habrian perecido.

John Andrews, virginiano, uno de los principales jefes del motin, fué preso el 16, y declaró ser demócrata-separatista. Durante la lucha se le vió repetidas veces



EXPOSICION DE 1863. — ¡El enemigo ha muerto! Regreso de caza en los Pirineos, cuadro por M. A. M. Guillemin.

arengando al populacho é invitándole á que continuara sus violencias.

El 17 se habia restablecido el orden, y continuaron las operaciones del sorteo momentáneamente interrumpidas; pero ya se contaban mas de doscientas víctimas y quince casas quemadas.

La mayoría del pais comprende que la quinta es una de las necesidades de la guerra; que cada cual debe ofrecer su persona para terminar la lucha que ensangrienta al pais desde hace dos años; y por lo mismo repito que ese formidable alboroto no se ha considerado sino como una maniobra de los separatistas. Maniobra bárbara que no se renovará, pues se han tomado para ello todas las medidas oportunas.

P. P.

Exposicion de bellas artes en 1863.

CUADROS Y ESTATUAS REPRODUCIDOS EN ESTE NUMERO.

M. GUILLEMIN: ¡El enemigo ha muerto! Regreso de caza en los Pirineos. — Nos encontramos en medio de las montañas del valle de Ossan donde se ven trajes tan pintorescos. Los cazadores, expansivos y bulliciosos en su calidad de meridionales, anuncian á gritos por donde pasan el triunfo que acaban de alcanzar, y cada cual acude á



Homero, estatua por M. H. Chevalier.

ver el *enemigo muerto*, ó sale de su casa para contemplarle de lejos.

M. AUGUSTO BONHEUR reúne al mérito de buen pintor de animales el de paisista; sabe disponer perfectamente y en una relacion armoniosa las peñas y los terrenos con los ganados que pinta en ellos. Los agrupa bien; posee la forma y el aire de los animales, y ha adquirido una gran seguridad de ejecucion. Quizá debe estar en guardia contra esa misma habilidad y esa facilidad de mano. El peligro en este género de pintura, cuyo encanto principal reside en el sentimien-



Bianca Capello, busto de Marcello.

to sencillo de la naturaleza, es que la ciencia adquirida no degenera en práctica. Es preciso olvidar que se sabe, y no cesar de consultar humildemente el modelo para descubrir algun nuevo accidente que reanime la inspiracion, y sustituya en el desempeño la emocion de una cosa vista á la tradicion de una cosa aprendida. Reproducimos *el Arroyo, recuerdo de la Auvernia*, cuadro bien compuesto, de un tono alegre, y que ha sido muy celebrado en la exposicion.

A. J. D.



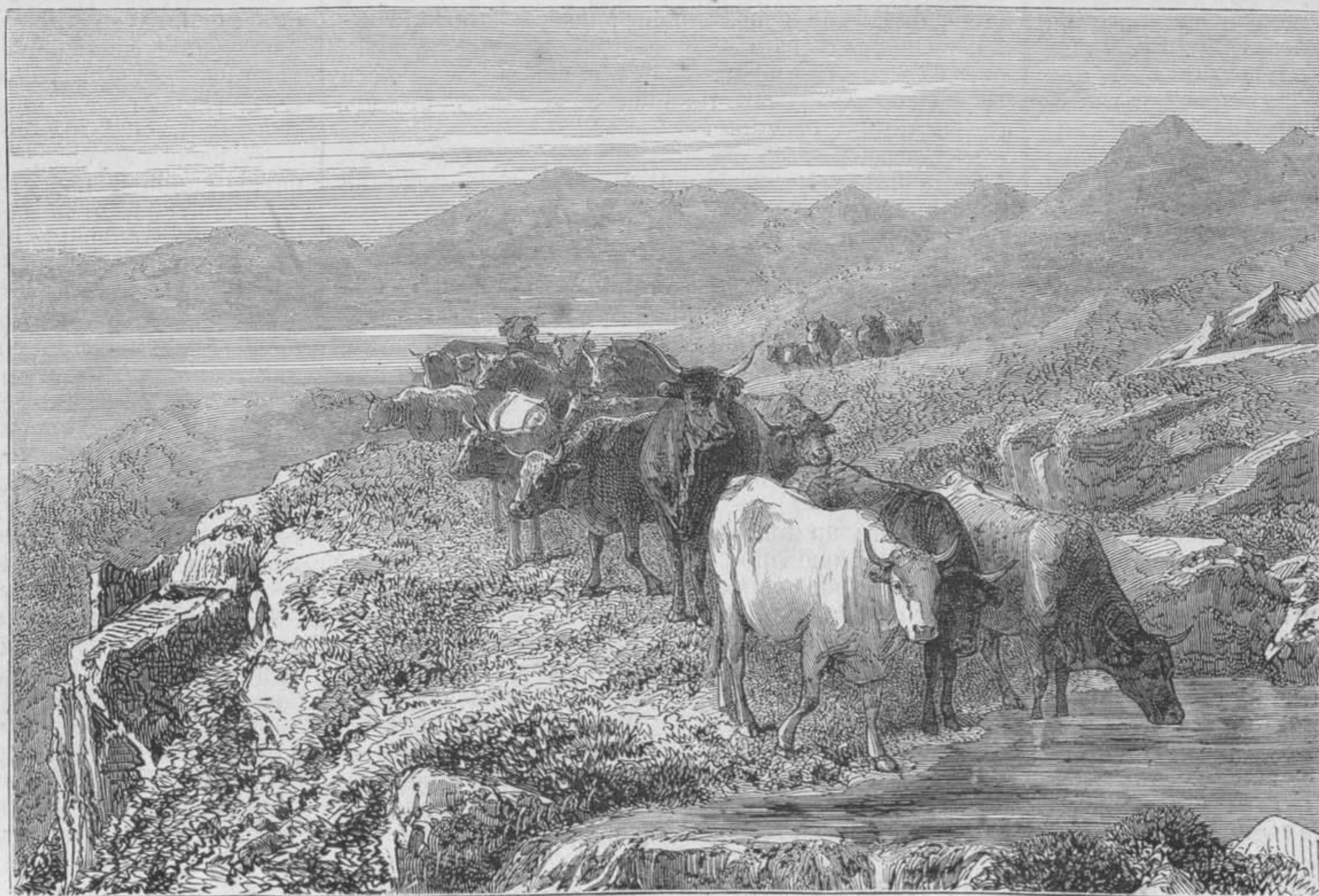
Jóven en su tocador, estatua de M. Frison.

Los últimos cuentos

DE EDGARDO POE.

(Continuacion.)

— Pues bien, yo os diré en términos generales que el sistema consistia en tener contentos á los enfermos y no contrariarlos nunca. Así era que no entrábamos en discusion sobre ninguno de los caprichos que constituían el extravío de su razon: lejos de eso, no solamente fingiamos creerlos, sino que los animábamos, y de este modo hemos obtenido algunas curas. Ningun argumento hace mas efecto en una razon enferma que el *reductio ad absurdum*; y así es que hemos tenido, por ejemplo, pensionados que se figuraban ser pollos, y el tratamiento se limitaba á insistir en la verdad del hecho; á acusar al paciente de estupidez porque no aparecia completamente convencido de ello, y á rehusarle durante una semana todo ali-



El arroyo, recuerdo de la Auvernia, cuadro por M. A. Bonheur.

mento que no conviniera á los volátiles. De este modo, con un poco de trigo y avena se conseguian prodigios.

— ¿Pero se contentaban solo con una simple adhesion?

— De todo habia, y así era que entraban tambien por mucho las distracciones inocentes, tales como la música, el baile, los ejercicios gimnásticos en general, las cartas, la lectura de libros de cierto género, etc. Fingiamos tratar á cada individuo como si padeciera una enfermedad comun; y no se pronunciaba jamás la palabra locura. Uno de nuestros grandes recursos consistia en buscar la manera de conseguir que cada enfermo vigilase en cierto modo la conducta de sus compañeros. Aparéntadlos fijos en la inteligencia y prudencia de un loco, y le tendreis por vuestro en cuerpo y alma; no de otra suerte hemos podido pasar sin un regimiento de celadores que hubieran costado mucho.

— ¿Y no aplicábais ningún castigo?

— Ninguno.

— ¿Y no encerrábais nunca á vuestros enfermos?

— Rarisimas veces. Cuando en alguna ocasion sobrevenia una crisis ó bien un súbito acceso de furor á alguno de nuestros pensionados, le encerrábamlos en una celda aislada, temiendo que su estado ejerciese influencia contagiosa, y le dejábamlos allí hasta que sus amigos fuesen á buscarle; debiendo advertir que nosotros no recibimos locos furiosos, porque esos están confiados ordinariamente á los establecimientos públicos.

— ¿Y habeis variado todo esto creyendo haber hecho un bien?

— Ciertamente. El sistema de dulzura tenia sus desventajas y aun sus peligros; y es una felicidad que haya dejado de emplearse en las casas de dementes de Francia.

— Lo que me decis me admira extraordinariamente, le repliqué; porque creia que ya no se seguia otro tratamiento en todo el pais.

— Sois todavía jóven, amigo mio, respondió mi huésped, y llegará un tiempo en que aprendais á juzgar por vos mismo de lo que pasa en el mundo, en vez de referiros á las hablillas de otros. No creais nada de lo que oigais, y solamente la mitad de lo que veais. Y por lo que concierne á las casas de dementes, se ve bien claro que solo un ignorante ha podido induciros á error. Despues de comer, y cuando os hayais repuesto del cansancio de vuestro viaje á caballo, tendré un placer en enseñaros mi establecimiento é iniciaros en un método, que á mi juicio, y en concepto de los que le han visto funcionar, es incomparablemente el mas eficaz que hasta ahora se haya descubierto.

— ¿Un método vuestro? pregunté. ¿Un método que habeis inventado?

— Me vanaglorio de creerlo así, al menos en cierto modo.

Continué hablando de esta suerte con M. Maillard por espacio de una ó dos horas, mientras me enseñaba los jardines é invernáculos de su establecimiento.

— No os presentaré todavía mis enfermos, me dijo. Para almas impresionables es siempre un espectáculo mas ó menos doloroso, y no quiero quitaros el apetito. Comeremos. Os daré ternera á la *Sainte-Manehould* y coliflor, que remojaremos con un vaso de Vougeot; para concluir, esto os entonará los nervios.

La comida se anunció á las seis, y mi huésped me condujo hácia un gran comedor, en que se hallaba reunida bastante gente — cerca de veinte y cinco á treinta personas. Segun la apariencia, eran gentes de condicion evidentemente muy bien educadas, y aunque su traje, á lo menos para mi gusto, fuese de una riqueza extravagante, se parecia bastante al lujo fastuoso de la antigua corte. Observé que lo menos las dos terceras partes de los convidados pertenecian al bello sexo, y el vestido de muchas de ellas no hubiera parecido de buen gusto á una parisiense de aquel tiempo. Muchas de aquellas damas, que no tendrían menos de setenta años, llevaban profusion de joyas, tales como sortijas, brazaletes ó pendientes, y descubrian sus pechos y brazos de una manera escandalosa. Pronto vi tambien que la mayor parte de los trajes estaban mal hechos, ó mas bien que sentaban muy mal á las que los llevaban; y al mirar al rededor de mí, vi á la interesante jóven á quien M. Maillard me habia presentado en el saloncito; pero cuál fué mi sorpresa al verla vestida con un aro ó guarda-infante, con zapatos de tacones altos, adornada con una especie de bonete de encajes deslucidos, y que demasiado grande para ella, la disminuía la cara de una manera visible; cuando en nuestro primer encuentro llevaba un traje de luto que la sentaba á las mil maravillas. Para decirlo en breves palabras, los trajes de los convidados pecaban en general en raros, lo que me hizo pensar de nuevo en el sistema de dulzura, y me figuré que M. Maillard no queria desengañarme sino despues de comer, á fin de evitarme la desagradable impresion que debia experimentar sentándome á la mesa con enajenados; pero recordaba haber oido decir en Paris que los meridionales se distinguen de los demás por su excentricidad, habiendo conservado una multitud de nociones anticuadas. Por otra parte, no hube hecho mas que hablar con dos ó tres de mis comensales, cuando mis escrúpulos se disiparon.

El comedor, aunque bastante agradable y de buenas dimensiones, no era elegante. Por ejemplo, el suelo no estaba cubierto; — en cuanto á lo demás, allí habia un lujo de que se dispensan frecuentemente en Francia. No habia persianas en las ventanas, ni los postigos cerrados estaban sujetos con barras de hierro colocadas diagonalmente como en los escaparates de las tiendas. Observé que la sala formaba por sí sola uno de los pisos del castillo, de manera que las ventanas ocupaban tres costados del paralelógramo, estando la puerta en el cuarto.

El servicio habia sido puesto con mas lujo. La mesa, cubierta de vajilla de plata, estaba sobrecargada de manjares succulentos; aquella era una profusion verdaderamente bárbara, habiendo suficientes viandas para hartar á los anakin. En mi vida he visto igual abundancia ni tal despilfarro de buenas cosas; pero nada de aquello estaba dispuesto con gusto, y mis ojos, poco acostumbrados á una luz tan viva, fueron terriblemente heridos por el prodigioso resplandor de una multitud de bugías que ardian en candelabros de plata colocados en todos los puntos de la mesa ó de la sala donde habia un sitio vacío. Muchos criados en actividad constante se ocupaban del servicio, y en una segunda mesa, en el fondo de la sala, estaban sentados siete ú ocho individuos con violines, pifanos y trombones, uno de los cuales tenia tambien un tambor. Llamáronme la atencion

tambien, porque de cuando en cuando sacaban de sus instrumentos una variedad infinita de sonidos, que tenían la pretension de que fuera música, y que parecian agradar á la reunion.

En suma, no pude menos de pensar que la escena y los actores tenian un sello de rareza bastante marcado; pero en último resultado, el mundo es una amalgama de toda clase de gentes, de toda clase de ideas, y de toda clase de hábitos convencionales. Por otra parte, habia viajado bastante para pertenecer á la escuela del *nihil admirari*; me instalé á la derecha de mi huésped, y como tuviese un excelente apetito, engullí admirablemente la buena comida que tenia delante.

Entre tanto la conversacion se animó y se hizo general, y las señoras, segun costumbre, hablaban sin descanso. No tardé en ver que la mayor parte de los convidados no dejaban de tener distincion en sus maneras, y mi huésped no cesaba de entretener á la reunion con anécdotas humorísticas. Parecia dispuesto á hablar de su posicion como director de la casa, y observé, no sin sorpresa, que la locura era para los que me rodeaban un motivo de entretenimiento favorito.

— Hemos tenido aquí, me dijo un hombre rechoncho sentado á mi lado, un pobre diablo que se figuraba ser una tetera. Y á propósito, ¿no es raro que esta idea se apodere de tantos enfermos? apenas existe en Francia una casa de enajenados donde no se encuentre una tetera humana. La nuestra era de metal inglés, y todas las mañanas tenia cuidado de limpiarse con un pedazo de piel de gamo y tierra de Segovia.

— Y despues, dijo un gran señor colocado precisamente enfrente de mí, hemos tenido — y no hace mucho tiempo — un individuo que se creia un asno. Me direis, que metafóricamente hablando, no se engañaba. ¡Un asno bien incómodo por cierto! Trabajo costaba contenerle. Por espacio de muchos meses queria comer todas las mañanas un pedazo de cardo; pero se le ha curado muy pronto diciéndole con insistencia que no debia alimentarse de otra cosa. Otro pegaba coces sin cesar... Mirad, como esta...

— ¡Señor de Kock, os ruego esteis quieto! interrumpió una señora vieja que se hallaba al lado del orador. Guardad vuestras coces para vos. Acabais de estropear mi vestido de brocado. ¿Acaso para expresaros necesitais de esta explicacion práctica? Me parece que nuestro amigo os habrá comprendido perfectamente sin estas demostraciones. Sin que os ofendais, sois tan gran asno como el que creia representar el pobre hombre en cuestion. ¡Por vida mia, que representais vuestro papel con una naturalidad!...

— ¡Mil perdones, señorita! replicó M. de Kock así interpelado. ¡Mil perdones! No tenia la menor intencion de magullaros... señorita Laplace, M. de Kock tiene el honor de beber á vuestra salud.

Dichas estas palabras, M. de Kock hizo un profundo saludo, envió con la punta de los dedos un beso ceremonioso á su vecina y vació su vaso, mientras que la señorita Laplace respondia á su *toast*.

— Permitidme, dijo M. Maillard dirigiéndose á mí, que os sirva una tajada de ternera á la *Sainte-Manehould*; — la hallareis excelente.

Tres robustos criados vinieron con algun trabajo á colocar sano y salvo en la mesa un enorme plato, ó mejor dicho un inmenso tajadero donde se hallaba extendida alguna cosa que yo tomé por el *Monstrum horrendum, informe, ingens, cui lumen ademptum*; pero un exámen mas detenido me demostró que no era sino un ternero asado y entero, arrodillado sobre sus patas delanteras, con una manzana en la boca, como se acostumbra á poner las liebres en Inglaterra.

— Gracias, respondí; os confieso que no apetezco la ternera á la... ¿cómo decis? Me parece que ese plato no conviene á mi estómago. No obstante, cambiaré de asiento para gustar de aquel conejo.

A cada lado de la mesa habia platos que parecian contener conejos de campo.

— Pedro, gritó mi huésped, una silla á este caballero, y sirvele un pedazo de lomo de ese conejo al gato.

— ¿Al qué? pregunté.

— Conejo al gato.

— Dejad; os doy gracias. Bien considerado, igual me da. Me contentaré con un pedazo de jamon. Entre estos provincianos, dije para mí, no se sabe nunca lo que se come; y no volví á acordarme del conejo al gato, en el que creia ver mas bien gato al conejo.

— Entre otros seres originales, continuó un personaje de aspecto cadavérico, que estaba al otro extremo de la mesa, tomando el hilo de la conversacion, nosotros albergamos en otro tiempo un enfermo que sostenia *mor diens* que debia verse en él un queso de Córdoba; y se dirigia á todos sus amigos con un cuchillo en la mano, pidiéndoles se regalaran con una rebanadita de sus piernas.

— Ese era un tonto rematado, á no dudarlo, interrumpió otro; que solo se puede comparar á cierto individuo que todos conocemos aquí perfectamente, salvo ese jóven extranjero. Hablo de aquel que se tenia por botella de vino de Champagne, y que soltaba á cada paso un *pam, pam, fiz!* Como este...

Al decir esto metió, con harta inconveniencia á mi juicio, su dedo pulgar en el carrillo izquierdo, y le sacó de repente haciendo un ruido que imitaba bastante bien la detonacion de un tapon; despues, moviendo diestramente la lengua contra los dientes, produjo un agudo silbido que duró muchos minutos y que queria asemejarse al ruido del champagne cuando sale espumeando. Aquella conducta vi claramente que desagradó á M. Maillard; pero no dijo nada, y la conversacion continuó,

usando de la palabra un caballero de corta estatura, sumamente flaco y adornado con una gran peluca.

— Y no debemos olvidar, dijo, á aquel bendito que queria pasar por rana — animal con el cual, entre parentesis, tenia bastante semejanza. — Me hubiera alegrado que le hubiéseis conocido (y el viejo se dirigia á mí); porque os hubiera gustado en el alma ver la verdadera expresion con que imitaba al anfibio. Si aquel hombre no era una rana, lo que puedo deciros es que habia errado su vocacion. Su canto, o... o... o... ¡uh!... era la nota mas encantadora del mundo. Un verdadero *si* de baritono. Y cuando se ponía así con los codos sobre la mesa, despues de haber bebido algunos vasos de vino, y abria la boca de este modo, y movia los ojos y los guñaba como veis, ¡ah! estoy segurísimo de que os hubiérais abismado en la admiracion de su genio.

— No dudo de ello, respondí.

— Y tambien, continuó un nuevo interlocutor, habia un Petit Gaillard que se creia un polvo de tabaco, y se tenia por muy dichoso en no poder ser cogido entre el índice y el pulgar.

— Y tambien habia un Julio de Soulieres, genio de los mas singulares, cuya locura consistia en creerse una calabaza, persiguiendo á nuestro cocinero para que le convirtiera en pastel — procedimiento al que rehusaba prestarse el jefe indignado. En mi opinion, sin embargo, un pastel de calabaza de Soulieres hubiera sido un delicioso entremés.

— Me asombra, dije lanzando á M. Maillard una mirada interrogadora.

— ¡Ah, ah, ah! hizo aquel caballero. ¡Eh, eh, eh! — ¡Ih, ih, ih! — ¡Oh, oh, oh! — ¡Uh, uh, uh! ¡Verdaderamente es una buena chanza! Pero esto no debe admiraros tanto, amigo mio: el señor es un visionario, un ente original; — lo que dice no debe tomarse al pie de la letra.

— Y tambien, añadió uno de los convidados, habia un Bouffon-Légrand, carácter no menos excéntrico á su manera. Vuelto loco de amor, se figuraba que tenia dos cabezas, una de las cuales era la de Ciceron, mientras que la otra pertenecia al órden compuesto, representando desde la frente á la boca la de Demóstenes, y desde la boca á la barba la de lord Brougham. Es muy posible que estuviera engañado; pero os hubiera convencido de que tenia razon, porque era un mozo de una elocuencia prodigiosa. El arte oratoria le inspiraba una pasion tan desenfrenada, que no podia resistir al deseo de pronunciar discursos. Despues de comer, por ejemplo, se subia en la mesa y... y... vais á verlo.

Al llegar aquí, el que estaba mas cercano al orador le puso la mano en el hombro y le dijo algunas palabras al oido: inmediatamente se calló el otro y volvió á sentarse en su silla.

— Y tambien, continuó el que acababa de obrar de aquella suerte, habia un Boulard, el mico; y le llamo el *mico*, porque en efecto, estaba poseido de la chocante idea, no absolutamente fuera de razon, de creerse metamorfoseado en aquel animal. Os hubiera hecho desternillar de risa el verle dar vueltas. Se estaba haciendo piruetas horas enteras, así...

El amigo á quien habia interrumpido hablándole en voz baja, ejecutó la misma operacion respecto á su vecino.

— ¡Todo esto es muy bueno y bello! exclamó una señora ya entrada en años, con toda la fuerza de sus pulmones; pero vuestro M. Boulard me ha hecho siempre el efecto de un loco, y un loco estúpido por añadidura. ¿Quién, me permitireis os pregunte, ha oido nunca hablar de un mico humano? ¡esto es un absurdo completo! La señora Joyense, como sabeis, era una persona muy juiciosa. Tenia un capricho, pero un capricho en que rebosaba el buen sentido y que encantaba al que tenia el honor de conocerla. Descubrió, despues de maduras reflexiones, que la casualidad la habia transformado en gallo, y en su calidad de volátil se conducia de una manera conveniente. Batia las alas con un abandono maravilloso... ¡mirad!... y por lo que hace al canto, no he oido nada mas delicioso: ¡cocorocó! ¡cocorocó! ¡co... co... ro... có... ó... ó!...

— ¡Señora Joyense, me obligareis á deciros que os debeis conducir mejor! interrumpió nuestro huésped con tono colérico. Respetad el decoro que conviene á una señora, ó dejad la mesa: podeis escoger.

La señora á quien me admiraba oír llamar Joyense, despues de la descripcion que acababa de hacer de aquel personaje, se sonrojó y pareció muy sensible á la reprimenda. Bajó la cabeza y no volvió á abrir la boca. Pero una vecina mas jóven continuó la serie de los retratos.

— ¡Bah! ¡La señora Joyense era una necia! exclamó. Despues de todo, habia sin contradiccion mucho mas juicio en las ideas de Eugenia Salsafette. Era esta una encantadora jóven, dotada de una modestia excesiva, que hallaba inocentes nuestros tocados habituales, y queria vestirse siempre, no *poniendo*, sino *quitando* su vestido, cosa la mas fácil del mundo. Bastaba quitarse esto, y despues esto otro, y despues lo otro, y despues...

— ¡Dios mio! ¡señorita Salsafette! ¡qué haceis! ¡deteneos! exclamaron á coro una docena de voces. Basta, basta. ¡Ya vemos demasiado claramente cómo debe hacerse! ¡Dejad! ¡dejad!

Y muchos convidados se levantaban ya para impedir á la señorita Salsafette que adoptase el traje de la *Vénus de Médicis*, cuando su objeto fué conseguido de una manera tan eficaz como repentina, por una serie de gritos penetrantes, ó mejor dicho de aullidos de rabia, que llegaron á nuestros oidos de la habitacion principal del castillo.

Mis nervios se afectaron sensiblemente con aquellos

clamores; pero no pude menos de compadecer á mis comensales. Nunca, desde que estoy en el mundo, he visto á seres racionales mas atrozmente espantados. Pusieron descoloridos como cadáveres, se acurrucaron en sus asientos con el oído en acecho, y se pusieron á temblar y hacer gestos de terror. La gritería volvió á sonar de nuevo, mas fuerte al parecer; despues volvió á sonar por tercera vez con mucha mas energia, y últimamente una cuarta, aunque con menos intensidad. Al cesar aparentemente el ruido, los convidados recobraron inmediatamente su valor, se reanimaron y se pusieron á hablar como antes. Yo me permiti entonces preguntar la causa de aquel alboroto.

— ¡Una bagatela! dijo M. Maillard. Nosotros estamos habituados á estos incidentes, y nos preocupamos poco de ellos. Algunas veces nuestros pensionados se entretienen en gritar todos á un mismo tiempo; el uno excita al otro como acontece á una jauría de perros durante la noche. Sin embargo, á esos *conciertos* siguen algunas veces tentativas de revolucion, y entonces hay hasta cierto punto, peligro en la estancia.

— ¿Y cuantos pensionados teneis?

— Pasan de una docena en este momento.

— La mayor parte serán mujeres, presumo.

— ¡Oh! no. Todos nuestros enfermos son hombres y gente fornida, os respondo de ello.

— ¿De veras? Habia creído siempre que el sexo débil se hallaba en mayoría en los establecimientos de esta clase.

— En general, sí; pero hay excepciones. No hace mucho que teniamos aqui unos veinte y cinco enfermos, y de ellos diez y ocho eran mujeres; pero luego, las cosas han cambiado, como veis.

— Han cambiado como veis, interrumpió el caballero que habia maltratado los aros de la señorita Laplace.

— ¡Han cambiado como veis! repitieron en coro todos los convidados.

— ¡Tened vuestras lenguas todos cuantos aqui estais! exclamó mi huésped con voz irritada.

A esta orden reinó por espacio de un minuto un silencio mortal, habiendo obedecido tan al pié de la letra una señora á M. Maillard, que sacó la lengua, que era por cierto muy larga, y la tuvo cogida con ambas manos hasta el fin de la comida con aire resignado.

— ¿Y esa señora respetable? pregunté á M. Maillard inclinándome hácia él y bajando la voz; esa buena señora que acaba de hablar, y que nos ha regalado con el co-co-ro-có... no es peligrosa, supongo; — nada peligrosa, ¿eh?

— ¡Peligrosa! dijo con sorpresa no disimulada; ¿qué es lo que quereis decir?

— ¡Solo un poco ligera de cascos! añadí tocándole la frente. Me parece que no me engaño al figurarme que no está peligrosamente atacada ¿eh?

— ¡Dios mio! ¿Cómo habeis podido imaginaros eso? Ah, esa señora Joyense, mi antigua y mejor amiga está tan mala como yo. Tiene sus excentricidades, lo confieso. Pero las mujeres ancianas, bien lo sabeis, y sobre todo las mujeres muy ancianas, son mas ó menos excentricas.

— Justo, repliqué; ¿y esas otras señoras y esos otros caballeros?...

— Son mis amigos y ayudantes, interrumpió M. Maillard enderezándose con arrogancia; mis queridos amigos y mis ayudantes.

— ¿Cómo, todos, las mujeres tambien?

— Ciertamente, dijo; sin ellas nada podriamos; no hay nadie que las iguale en cuidar á un enfermo; tienen unas maneras... bien lo sabeis; su brillante mirada ejerce una influencia maravillosa, una influencia que participa de la fascinacion de la serpiente... Y esto bien lo sabeis.

— Indudablemente, dije.

— Y además, este vino obra tambien algo en la cabeza; y comprendereis que tiene alguna fortaleza.

— ¡Sin duda alguna! repetí; y á propósito, me parece que el sistema que habeis adoptado en reemplazo del famoso de la dulzura, tiene una severidad rigurosa.

— Completa. Nuestros enfermos están sometidos á una reclusion perfecta; pero el régimen, hablo del régimen médico, es mas agradable que penoso.

— ¿Y sois el inventor de este nuevo tratamiento?

— Hasta cierto punto, sí. El honor de muchas de las ideas puestas en práctica por mí, pertenecen al doctor Goudron, de quien sin duda habeis oido hablar; y por otra parte, mi método ha sufrido modificaciones que tengo un placer en reconocer pertenecen al mérito del ilustre profesor Plumer, con quien, si no me engaño, teneis la dicha de estar unido.

— Tengo el sentimiento de confesar que esta es la primera vez que oigo pronunciar el nombre de esos señores, repliqué.

— ¡Justo cielo! exclamó mi huésped echando atrás bruscamente su silla, y levantando los brazos. ¿Debo dar crédito á mis oídos? ¿Decis que el nombre del doctor Goudron y el del célebre profesor Plumer os son desconocidos?

— Pues me veo obligado á confesar mi ignorancia, respondí, pero la verdad ante todo; me siento por ello muy humillado, ¡humillado hasta el polvo! ¡Ignorar hasta los nombres de dos escritores de un mérito tan trascendental como los que acabais de citar! Yo me apresuraré á proporcionaros sus obras y á estudiarlas con particular atencion, M. Maillard; ¡debo confesar que me habeis sonrojado verdaderamente!

Y no mentia.

— ¡Bah! no hablemos ya de esto, mi jóven amigo,

dijo el administrador con tono de buen humor estrechándome la mano. ¿Un vaso de vino?

Bebimos. Los demás convidados que siguieron nuestro ejemplo no escatimaron el vino. Charlaban, chancaban, reian y se entregaban á mil excentricidades. Los violines rechinaban, el tambor tocaba *ram plam plam*, los trombones berreaban como otros tantos toros de metal á lo Falaris; y cundiendo el desorden general á manera que el vino ejercia su imperio, acabó por producir una especie de *pandemonium* en miniatura. Sin embargo, M. Maillard y yo, despues de haber vaciado los frascos de *Sauterne* y *Gros-Vougeot* que estaban delante de nosotros, proseguimos nuestra conversacion en voz alta, porque una palabra pronunciada en el tono ordinario, estábamos seguros que llegaría al oído del interlocutor con la misma facilidad que la voz de un pez salida de las profundidades del Niágara.

— ¡Caballero! le dije al oído, me hablásteis antes de comer de los peligros del antiguo sistema de dulzura, y si tuviésteis la bondad, estimaria me diésteis algunos detalles sobre este asunto.

— Sí, respondió; se corrian muchas veces grandísimos peligros, porque es imposible prever los caprichos de los locos; y á mi juicio, participan de la misma opinion el doctor Goudron y el profesor Plumer, no siendo nunca prudente dejarles andar sin custodia. Para servirme de la frase sacramental, se puede calmar por cierto tiempo la irritacion de los enajenados, pero están sumamente propensos á recobrarla. Además, su astucia proverbial es increíble. Apenas han concebido un proyecto, cuando ocultan su designio con una sutileza maravillosa, siendo para el metafísico uno de los mas curiosos problemas que puedan ofrecerse al espíritu humano, la destreza con que simulan la razon. Cuando un loco parece completamente cuerdo, es cuando debe ponerse la camisola.

— ¿Pero el peligro de que me hablais, y vuestra propia experiencia desde que administráis esta casa, os han dado una razon práctica para creer que es aventurado dejar á vuestros pensionados en libertad?

— ¿En esta casa? ¿Mi propia experiencia? Pues bien, puedo responderos afirmativamente. Por ejemplo, os citaré una aventura singular, ocurrida aqui mismo no hace mucho tiempo. Ya sabeis que el sistema de dulzura era el que se seguía, imponiendo raras veces castigos á nuestros enfermos. Estos se conducian con una prudencia notable, muy notable; pero un hombre juicioso podia desde luego adivinar que fraguaban algun proyecto infernal, no teniendo mas que ver su porte extremadamente dócil, para convencerse de ello. En efecto, una mañana fueron atados de piés y manos los celadores y metidos en las celdas y tratados como locos, por los que acababan de usurparles sus funciones.

— ¡No es posible! Por mi vida, que jamás he oido cosa mas absurda.

— Es un hecho. El complot fué dirigido por un lunático, á quien se le habia puesto en la cabeza, que de una manera ú otra habia descubierto un sistema de gobierno para los enajenados; y yo supongo que deseando ensayar su invencion, envolvió á los demás pensionados en una conspiracion que tenia por objeto destruir los poderes establecidos.

— ¿Y lo consiguió?

— Indudablemente. Celadores y celados cambiaron bien pronto los papeles. O por mejor decir, no los mudaron completamente, porque los locos permanecieron en completa libertad, mientras los ex-vigilantes estuvieron encerrados en las celdas, donde fueron tratados, lo confieso con sentimiento, de una manera despiadada.

— Pero yo presumo que no tardaria en verificarse una contra-revolucion. Semejante estado de cosas no podia durar. Los aldeanos de los alrededores, los que desearan visitar el establecimiento deberian dar bien pronto la voz de alarma.

— Os engañais. El jefe de los rebeldes era demasiado astuto para esto. No admitió á ningun extraño, excepto un jóven que no parecia haber inventado la pólvora, y del que no habia motivo para desconfiar. Dejóle un dia visitar el castillo con el fin de salir de la monotonía de su retiro, y tambien con el deseo de divertirse á costa de los intrusos; y así que se hubo burlado bastante del pobre mozo, le abrió la puerta y le mandó á paseo.

— ¿Y cuánto tiempo duró el reinado de los locos?

— ¡Oh! ¡mucho, á fe mia! Un mes lo menos, mas quizá, no me acuerdo bien; pero no aventurarei nada en compararle, cualquiera que fuera su duracion, á una estacion de comida de gorra para nuestros aturdidos. Despojáronse de sus mezquinos vestidos, dieron de mano al guarda-ropa y á las joyas de la familia del director, y hallándose bien provistas las cuevas del castillo, y siendo buenos diablos los locos, bebieron y comieron á su placer.

— ¿Y el director? ¿Qué tratamiento particular puso en vigor el nuevo director?

— En cuanto á eso, los locos no son tontos, como ya he tenido ocasion de observar; y si me pedis mi sincera opinion, os diré que su sistema me pareció muy superior al antiguo. A la verdad, aquel era un sistema excelente, sencillo, gentil, de fácil aplicacion, en una palabra, ¡un sistema delicioso! El...

Las observaciones de mi huésped se vieron bruscamente interrumpidas por una serie de gritos de rabia, semejantes á los que ya nos habian desconcertado; pero esta vez parecian lanzados por gentes que se acercaban rápidamente.

— ¡Misericordia! exclamé. ¡Los locos han logrado escaparse!

— Lo temo, replicó M. Maillard poniéndose muy pálido.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando se oyeron bulliciosas exclamaciones y juramentos debajo de las ventanas, siendo evidente que los sitiadores de fuera procuraban penetrar en el salon. Parecian atacar la puerta á martillazos, mientras sacudian y arrancaban los postigos con prodigiosa violencia.

Seguíose á esto una escena de terrible confusion, y con gran sorpresa mia, vi que M. Maillard se ocultaba debajo de un aparador. Yo esperaba mas resolucion por su parte. Los músicos de la orquesta, que hacia mas de un cuarto de hora parecian demasiado ebrios para llenar los deberes de su empleo, se levantaron de repente, agarraron sus instrumentos, y trepando sobre una mesa, entonaron de comun acuerdo la *Marsellesa*, que ejecutaron, si no con armonía, al menos con una *furia* sobrehumana, mientras duró aquella batahola general.

Despues vi subirse en la mesa, entre las botellas y vasos, al caballero que una hora antes habia intentado subir á ella, y así que estuvo debidamente instalado, comenzó un discurso que me habria parecido muy elocuente si le hubiera podido oír. En aquel mismo instante el señor que habia demostrado tanta predileccion por el mico, se puso á dar vueltas por la sala, llevando los brazos extendidos en cruz, y tirando al suelo al que se encontraba á su paso. Oyendo destapar y salir la espuma de una increíble cantidad de botellas de champagne, descubrí que aquel ruido, provenia de los esfuerzos de la persona que habia representado durante la comida el papel de aquella bebida delicada. Mas allá el hombre-rana cantaba como si la salvacion de su alma dependiese de cada grito que lanzaba; y en medio del tumulto dominando el estruendo se oia rebuznar al asno. En cuanto á mi vieja amiga, la señora Joyense, estaba tan terriblemente desorientada, que me sentia inclinado á llorar por ella, contentándose, no obstante, con meterse en un rincon cerca de la chimenea y cantar sin descanso y con toda la fuerza de sus pulmones: « ¡Cocorocó... ó... ó... ó...! »

Vino por fin el apogeo ó catástrofe del drama. Como no se oponia á las tentativas de los agresores, que desde afuera amenazaban invadir la sala, otra cosa que chillas, aullidos salvajes y cocorocós, las diez ventanas no tardaron en ceder casi simultáneamente. Jamás olvidaré la sorpresa y horror que experimenté al ver precipitarse al través de las ventanas y caer confundidos en medio de nosotros, batallando, pataleando, arañando y gritando, á todo un ejército de enemigos, que creí orangutanes ó babuinos negros del cabo de Buena Esperanza.

Yo, por mi parte, recibí un terrible vapuleo de bastonazos, y procurando introducirme debajo de un mueble, me quedé allí quieto, permaneciendo un cuarto de hora con el oído alerta para escuchar lo que pasaba; por fin adiviné la palabra del enigma.

A lo que parecia, contándome M. Maillard la historia del pensionado que habia lanzado á la revolucion á sus camaradas de infortunio, se habia hecho cronista pura y sencillamente de sus propias hazañas. Aquel caballero habia desempeñado efectivamente en otro tiempo el puesto de administrador de la casa; pero dos ó tres años antes de mi visita, la pérdida de su razon le habia colocado en el número de los enfermos, circunstancia que ignoraba mi compañero de viaje. Los celadores, atacados de improvisis, y cediendo al número, habian sido untados de brea y sebo, unto que en francés se llama *goudron*; y despues de haberles cubierto de plumas, fueron encerrados en las cuevas. Habian estado mas de un mes en su cautiverio, y M. Maillard, no solo habia renovado todos los dias el betun y las plumas que constituian « su sistema, » sino que les habia dado una corta racion de pan y agua fria en abundancia. Todas las mañanas les daban embrocaciones formidables; pero habiendo logrado evadirse por un sumidero una de las victimas, habia restituido la libertad á sus compañeros.

Púsose en vigor en el castillo el sistema de dulzura, con importantes modificaciones; pero debo convenir con M. Maillard, que su tratamiento era admirable en su clase. Como decia muy bien, su método era « sencillo, gentil y fácil de aplicar; » — no puede ser mas fácil.

No me resta ya mas que añadir que yo hojeé en vano todas las bibliotecas de Europa, esperando hallar las obras del DOCTOR GOUDRON y del PROFESOR PLUMER; pero nunca pude encontrar los escritos de aquellos sabios.

VI.

UN HOMBRE GASTADO.

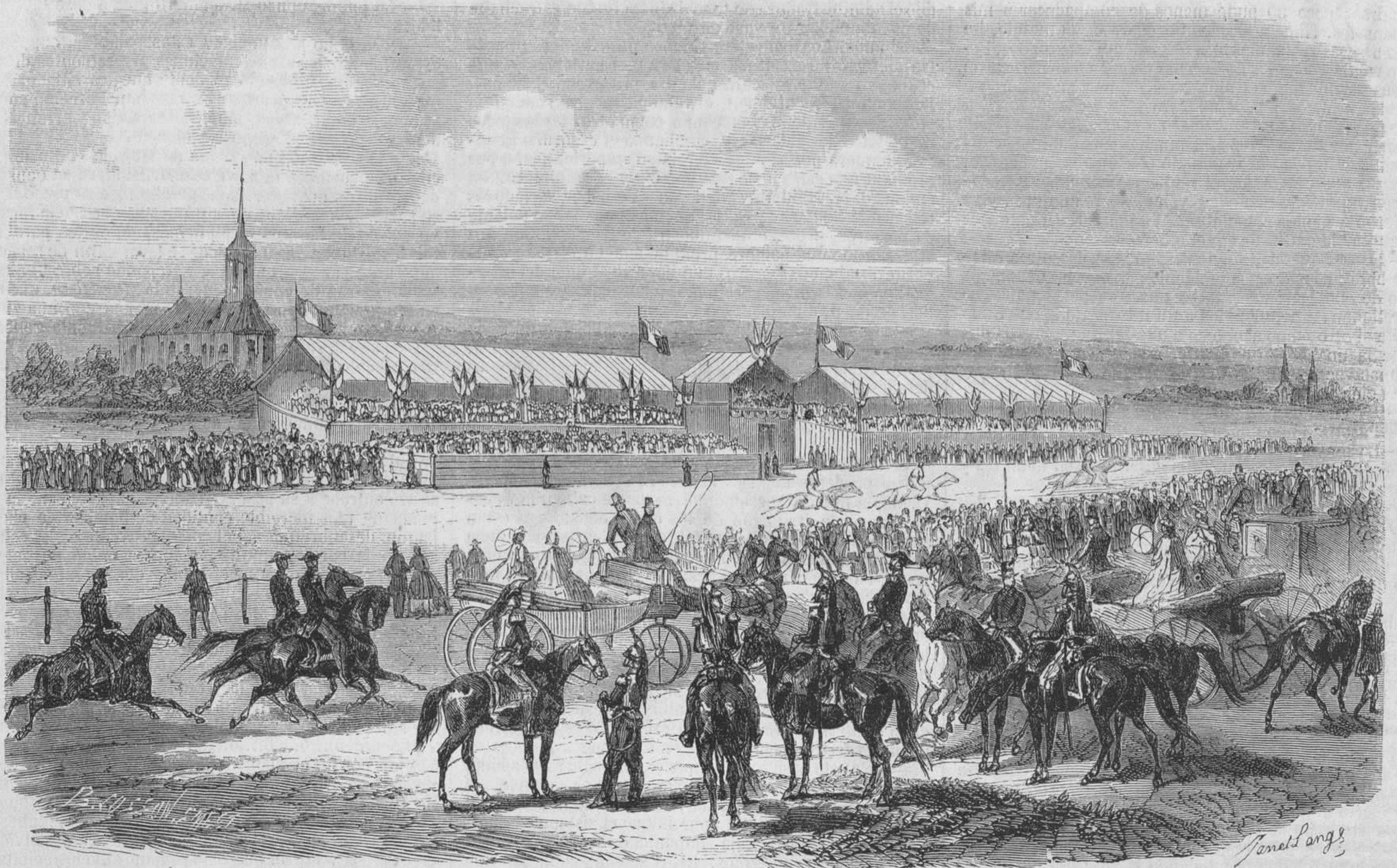
Anécdota de la reciente campaña contra los bugaboos y los kickapoos.

Pleurez, pleurez, mes yeux, et fondez-vous en eau; La moitié de ma vie a mis l'autre au tombeau.

CORNEILLE.

Hoy me costaria trabajo recordar cuándo y dónde encontré por la primera vez al general de brigada John A. B. C. Smith, hombre bello si los hay. Estoy seguro que alguien me presentó á este caballero; sé que fué en alguna reunion pública, convocada á propósito de alguna medida de la mas alta importancia; pero, cosa extraña, he olvidado el nombre de mi introductor.

El hecho es que la presentacion, por lo que á mi conciencia, me produjo cierta inquietud y embarazo que no me ha permitido conservar un recuerdo exacto del sí-



Las carreras de caballos en Nancy.

tio y la época. Yo tengo temperamento nervioso, debilidad hereditaria que no ha dependido de mi corregir. Por ejemplo, basta la mas ligera apariencia de misterio, el mas pequeño detalle que quede oscuro, para sumirme en una repentina y lamentable agitacion.

Fuera de esto, la figura del individuo en cuestion tenia, por decirlo así, un sello notable; sí, notable, por mas que la palabra sea demasiado débil para expresar mi idea. No debia tener menos de seis pies, y su aspecto imponia singularmente. Todo en él demostraba una elegancia que revelaba el hábito de la buena sociedad, y parecia indicar ser un hijo de familia distinguida. En cuanto á las cualidades físicas de Smith, tengo una especie de satisfaccion melancólica en entrar en minuciosos pormenores. Su cabellera no hubiera desfigurado la cabeza de Bruto: era sumamente ábundante, ondulada y lustrosa. Era negra como el azabache, y sus patillas, inmejorables, se distinguian por la misma oscuridad de matiz, ó mejor dicho, por la misma carencia de matiz. Por esta pintura podreis comprender que me es imposible hablar de sus patillas sin entusiasmarme, y no será demasiado aventurar el decir que nunca alumbró el sol otras mas hermosas. Sea lo que quiera, lo cierto es que adornaban y sombreaban las extremidades de una boca sin igual, en la que brillaban los dientes mas iguales y blancos que puedan imaginarse; y cuando las circunstancias lo exigian, dejaban paso á una voz de un timbre, melodía y fuerza incomparables. Si me fijaba en sus ojos, mi amigo era el mas privilegiado de los mortales: cada uno de los suyos valia por dos de los comunes; eran de un color de avellana oscuro, muy grandes y sumamente brillantes, notándose de cuando en cuando una amable oblicuidad ó ligero extravismo que daba mas expresion á su mirada.

Sin disputa, el general tenia el busto mejor concluido y de facciones mas acabadas que yo he visto, y hubiese sido imposible hallar proporciones mas maravillosas, pues no podia hallársele un solo defecto. Aquella rara simetria hacia resaltar de un modo notabilísimo unas espaldas que hubieran sonrojado de despecho el mármoro rostro del Apolo de Belvedere; pudiendo decir por mi parte, que yo, que mi flaco son las espaldas hermosas, hasta entonces habia ignorado existiesen tan perfectas. Los brazos eran un modelo encantador en toda su extension, y las piernas no excitaban menos admiracion. Si; aquellas piernas representaban el *non plus ultra* que buscan los artistas, y los peritos en la materia convenian en que parecian hechas á torno. No tenian mucha ni poca carne, ni en ellas se notaba demasiada gordura ni demasiada delgadez. Imposible era figurarse una curva mas encantadora que la del *os femoris*, y la parte posterior del *fibula* se redondeaba con la dulce disminucion de un mollar bien proporcionado. ¡Pluguiese al cielo que mi amigo Chiponchipino, jóven estatuario, lleno de talento, hubiese tenido ocasion de

contemplar un instante las piernas del brigadier John A. B. C. Smith!

Aunque las gentes dotadas de formas tan agraciadas sean tan raras como los garbanzos de arroba, no podia persuadirme que el atractivo que se descubria en mi nuevo conocido fuese el resultado, siquiera parcial, de la suprema excelencia de sus cualidades físicas. Tal vez podria pensarse que el encanto que le rodeaba emanaba de las maneras del personaje; pero respecto á esto, solo me atreveré á suponerlo hipotéticamente. En su modo de andar habia cierto aire acompasado, si no de rigidez, de algo de mesurado, y si puedo expresarme así, su gesto tenia una precision rectangular, que en un hombre de talla menos elevada hubiese parecido algun tanto afectado, pomposo ó forzado, pero que en un caba-

llero de proporciones tan indisputables debia atribuirse desde luego á reserva y firmeza; en una palabra, á un sentimiento, nada vituperable por cierto, de lo que se debe á la dignidad de una fuerza colosal.

(Se continuará.)

Carreras de caballos en Nancy.

Las carreras de Nancy son de creacion reciente y han producido ya los mejores resultados, como lo prueban las que han tenido lugar en los dias 25 y 26 de julio último. El llamamiento de los organizadores de la sociedad ha sido oido por los ganaderos y los propietarios de la circunscripcion lorena, y las carreras al trote no han dejado nada que desear. Los competidores eran ya mas numerosos que los del año pasado; el término medio de velocidad ha sido muy satisfactorio, y varios caballos se han distinguido y vendido á buenos precios.

El segundo dia de las carreras estuvo muy brillante: el hipódromo de Nancy, aunque de creacion reciente, no tiene nada que envidiar á los demás hipódromos. Los principales personajes del turf francés é inglés se habian dado cita para estas carreras.

Todo Nancy estaba, y entre las autoridades habia Su Excelencia el duque de Magenta, los generales Bourbaki, de Beaufort-d'Hautpoul, etc. Por último, lujosos carruajes surcaban la yerba del recinto.

En el intervalo de las carreras tocaba la excelente banda de música del 94º de línea.

Gracias á la bien entendida disposicion del hipódromo de Tomblaine y á la pista á la vez excéntrica y concéntrica, los espectadores de las tribunas pudieron seguir todas las peripecias del gran steeple-chase. Los gentlemen-riders tenian que atravesar veinte obstáculos artificiales.

Las carreras militares han tomado tambien este año una grande extension. El señor mariscal de Mac-Mahon ha tenido á bien ofrecer un premio especial para un steeple-chase militar en el que serian admitidos los caballos de toda procedencia pertenecientes á los oficiales y montados por ellos.

No podemos entrar aquí en los pormenores de estas carreras ni enumerar los nombres de los vencedores. Lo que si diremos, es que semejantes fiestas hacen honor al pais que las da y á las personas celosas que las organizan.

V. J.

ADVERTENCIA.

La *Revista de la Moda* correspondiente al figurin que acompaña á este número, la hallarán nuestros suscritores en el número 556.

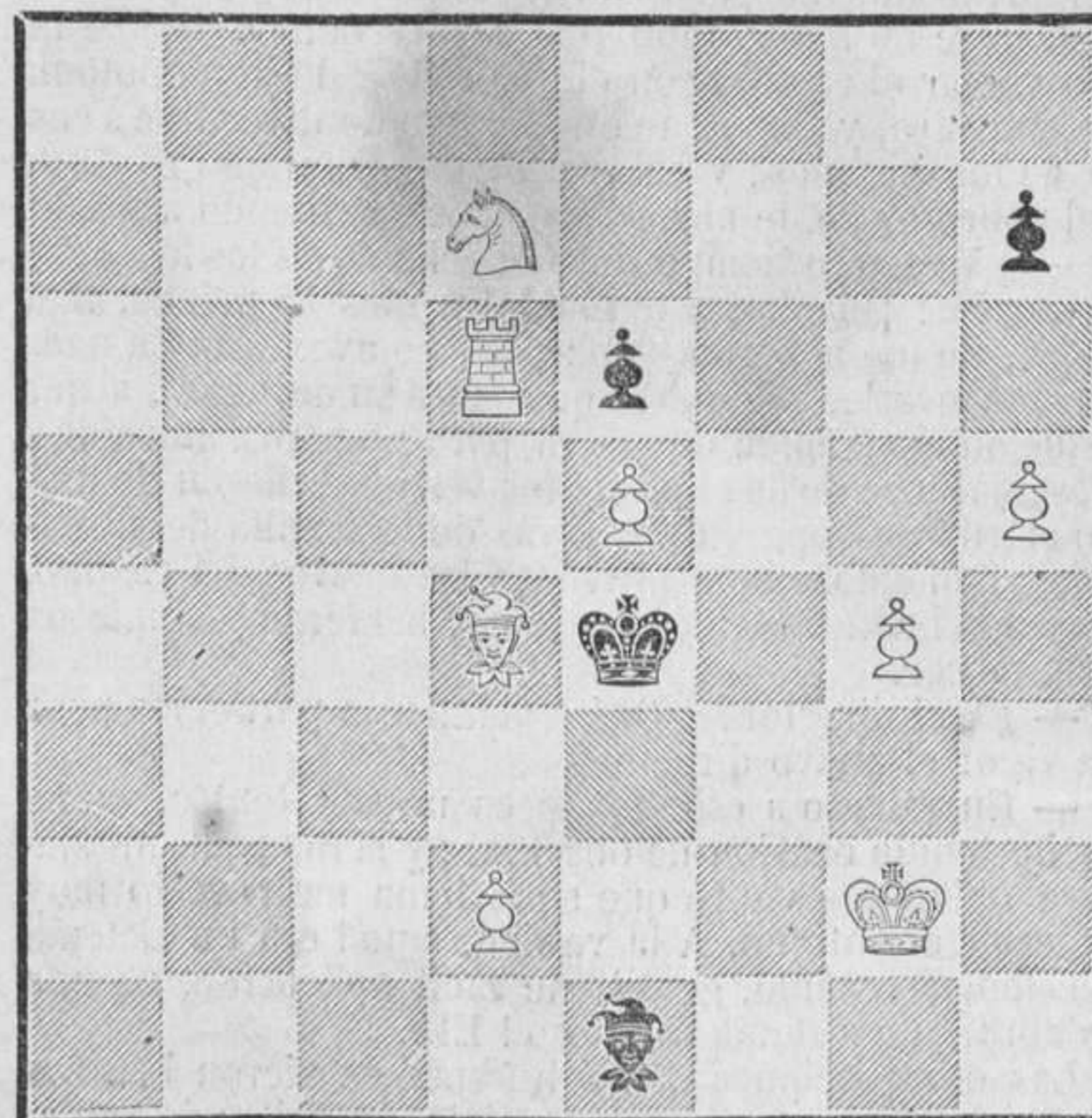
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 74.

- | | |
|------------------------|-----------|
| 1 Rº 4ª TR | P 4ª CR |
| 2 Ra 4ª CR | P come Ra |
| 3 P come P | R come C |
| 4 A 6ª ARª jaque-mate. | |

PROBLEMA NUM. 75, POR EL DOCTOR STAVENUTER.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.